

CARLOS ARNICHES

LOS CACIQUES

FARSA CÓMICA

DE COSTUMBRES DE POLÍTICA RURAL

DISTRIBUÍDA EN TRES ACTOS, ORIGINAL



Copyright, by Carlos Arniches, 1920

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1920



**JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO**

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

3584

LOS CACIQUES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LOS CACIQUES

FARSA CÓMICA DE COSTUMBRES DE POLÍTICA RURAL

DISTRIBUÍDA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid
el 13 de febrero de 1920



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.º

TELÉFONO, M 551

1920

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CRISTINA.....	SRTA. REDONDO.
EDUARDA.....	SRA. ALBA.
SEÑA CESÁREA.....	MESA.
TÁRSILA.....	VILLA.
LA ANASTASIA.....	ANDRÉS.
MELITONA.....	SRTA. LEÓN.
MARÍA TERESA.....	REDONDO (J.)
CHICA 1. ^a	CABA.
CHICA 2. ^a	CORTESINA.
PEPE OJEDA.....	SR. BONAFÉ.
ALFREDO.....	ASQUERINO.
DON ACISCLO.....	TUDELA.
DON RÉGULO.....	GÓRRIZ.
CAZORLA.....	ROA.
EL CARLANCA.....	PEREDA.
EL MORRONES.....	CABA.
DON SABINO.....	DEL VALLE.
EL PERNILES.....	GUTIÉRREZ.
GARIBALDI.....	RIQUELME.
EUSTAQUIO.....	GUTIÉRREZ.
DON ALICIO.....	PEREDA.
MONREAL.....	INSÚA.
CHICO 1. ^o	ROLDÁN.

La acción ocurre actualmente en un pueblo de España.

Derecha e izquierda, las del actor.

A S. M. el Rey Don Alfonso XIII

Señor:

La emoción que me produjeron las altas palabras que escuché a V. M. la noche que presencié la representación de esta obra, me impulsa a dedicársela.

Se consigna en ella una amarga y viva realidad de las costumbres políticas españolas expresada sincera y noblemente; pero sería injusto no consignar también en su primera página, con la misma sinceridad y nobleza que si todos los españoles se hubiesen penetrado de los altos propósitos renovadores de V. M., esta obra no hubiese podido ser escrita, porque el caciquismo ya no existiría.

Y esta rotunda afirmación tiene el valor de estar hecha por un hombre independiente que no tiene su espíritu coaccionado por ninguna devoción política, ni desea del Trono otra cosa sino la egregia bondad de Vuestra Real estimación.

Madrid, 10 de Marzo de 1920.

Señor, a L. R. P. de V. M.,

Carlos Arniches.



ACTO PRIMERO

Sala de despacho en la planta baja de un caserón de pueblo, habitado por gente de buen acomodo.

A la derecha, en segundo término, puerta de entrada en comunicación con el zaguán; en primero, puerta de otra habitación. Al fondo, una ventana con reja y una puertecilla que dan al huerto, inundado de sol, y del que se ven arriates llenos de flores. A la izquierda, puerta de una hoja, que comunica con habitaciones interiores. Ante esta puerta una mesa de despacho antigua y un sillón de baqueta. El resto del mobiliario adecuado: antiguo, cómodo y fuerte. Un reloj de caja en lugar visible.

ESCENA PRIMERA

EDUARDA y DON ACISCLO

Al levantarse el telón, aparece la escena sola. A poco se ve por la ventana del huerto a doña Eduarda que viene acongojada, huyendo. La sigue, jadeante y ansioso de amor, don Acisclo; ella le rechaza de un empujón y entra indignada en escena por la puertecilla del foro

Eduar. ;No, no!... ¡Por Dios, quieto!... (Huye de él, que entra siguiéndola.) ¡Déjeme usted o demando auxilio! (Toda la escena en voz baja y emocionada.)

Acis. ;Es que me tié usted loco!

Eduar. Respete usted que soy casada.

Acis. ;Y a mí qué me importa!

Eduar. ;Qué cínico!... ;Pero y mi marido y su mujer?...

- Acis.** He dicho que ná me importa. (Intenta ir hacia ella.) ¡Esos ojos me tién trastornao y!...
- Eduar.** (Con cómica energía.) ¡Atrás!
- Acis.** Pero, Eduarda, si es que...
- Eduar.** (Heróicamente.) ¡Si da usted un solo paso, me secciono la carótida con el raspador!
- Acis.** (Asustado.) ¡Eduarda!
- Eduar.** ¡Atrás!... ¡O me ve usted tinta en sangre!
(En uno de sus ademanes, mete los dedos en el tintero.)
- Acis.** ¿Tinta?
- Eduar.** ¡Tinta! (En un ademán trágico, vuelca el tintero.)
- Acis.** ¡Por Dios, el tintero!
- Eduar.** ¡Nada me importa! ¡Mi honor ante todo!
- Acis.** Pero si yo...
- Eduar.** ¡Es usted un miserable!... ¡Estar yo tranquilamente en la huerta cogiendo manzanas, subida a la escalera y de pronto sentir!... ¡Oh, qué vergüenza! (Llora.)
- Acis.** Es que creí que se caía usted.
- Eduar.** ¿Y me iba usted a sujetar con dos dedos?
(Acción de dar un pellizco.)
- Acis.** Cuando una persona se cae...
- Eduar.** Cuando una persona se cae, se la sostiene, pero no se la retuerce... ¡Y de dónde se me ha retorcido a mí! Que... ¡Ah, si lo supiera mi Régulo! ¡Oh, Régulo, Régulo!
- Acis.** Y usted, Eduarda, por qué no quíe ser una miaja complaciente y...
- Eduar.** (Con altivez.) ¡Basta de indignidades!... Déjeme usted salir.
- Acis.** (Con pasión.) Salga usted, pero no será sin que antes... (Intenta sujetarla para darla un beso)
- Eduar.** (Rechazándole.) ¡No, nunca!... ¡Socorro! (Le muerde la mano.)
- Acis.** (Retorciéndose de dolor.) ¡Rediez, qué bocaó en el dedo! ¡Sé me ha comido la yema!
- Eduar.** ¡Canalla, seductor! ¡¡Satirico!! (Vase puerta izquierda.)
- Acis.** (Intenta sujetarla antes que se marche.) Eduarda... Eduarda... (Luchan brevemente. Ella le rechaza y le coge con la puerta la americana, dejándole sujeto. Aterrado.) ¡Atiza! ¡La americana con la puer-tal... ¡Cogido por el vuelo! (suplicante.) ¡Por Dios, Eduarda, abra usted, que estoy cogido! ¡Eduarda!... ¡El vuelo!... ¡Eduarda!...

ESCENA II

DON ACISCLO y SEÑA CESAREA primera derecha

- Ces. ¡Hola, hombre!
- Acis. ¡¡Mi mujer!!... ¡¡Tableteau!!
- Ces. ¿D'ande sales?
- Acis. Pues de ahí, de la... que venía de...
- Ces. ¿No ibas con doña Eduarda por el huerto?
- Acis. Sí, con ella iba, que quería unas manzanas.
- Ces. ¿Y qué la dió, que sentí un grito?
- Acis. Como darla, no la dió ná; pero arrimó la escalera, se subió al árbol—que ya la tiés conocía en lo resoluta—y de poco se cae.
- Ces. Pos ya no tié edad pa andarse por las ramas.
- Acis. ¡Toma!... Eso la he dicho yo, pero...
- Ces. (Cambiano el tono irónico por otro más acre y resuelto.) Ni tú tampoco la tienes de andarla a los alcances.
- Acis. ¡Cesárea!... (Se sopla el dedo dolorido.)
- Ces. ¡Que te creerás que no lo estoy notando tóol... ¡Así que una es tonta! ¡Te figurarás que me chupo el dedo como tú!
- Acis. ¡Mujer, yol...
- Ces. ¡Y ten cuidao no te corte yo los vuelos!
- Acis. (¡Ojalá!)
- Ces. ¡Que no me dejas una en paz!... ¡Que me tiés más reconsumía!... ¡Ahí agarrao como una rata!... ¿Te paece bonito? (Le zarandea.)
- Acis. (Avergonzado.) ¡Cesarial...
- Ces. (Amenazadora.) ¿Qué debía yo hacer ahora?
- Acis. ¡Pues traerme otra americana u abrir por detrás!
- Ces. ¡Maldita sea!... Y que te coste, que el día que me harte, se lo digo a don Régulo, que ya le tiés conocío, que ese por custión de celos le pega un tiro a su familia.
- Acis. Mujer, después de tóo, por una broma...
- Ces. ¡Por una bromal... ¡Acisclo, parece mentira que tú, ¡tú! el dueño, el amo, el rey del pueblo, una persona de tu mando y de tu valer, un hombre al que tóo el mundo le tié miedo, que haces que se le mude la color a los más templaos... un hombre que causa un respeto que eriza, ahora, por esa tía cursi... ahí prendío como un murciélagol... ¡Si al-

güien se enterara!... ¡Si yo no tuviera prudencial!... (Levanta el pestillo, abre la puerta y deja en libertad a Acisclo.)

Acis. Mujer, los hombres semos hombres, Cesaria, y con esto ya está dicho que semos mu poca cosa... Salomón era Salomón, y en cuestión de faldas, u de lo que se llevase en aquel entonces, pues... ya te acordarás que sumó dos mil y pico... Y Napoleón, con ser lo que era... pues... también se sumaba lo suyo... Conque uno, que es una meaja menos... pues, algún sumandillo...

Ces. ¡Sumandillo, y llevas veintidós en lo que va de mes, y estamos a cinco!...

ESCENA III

DICHOS y MORRONES (Alguacil)

Mor. (Segunda derecha. Desde fuera.) Ave María Purísima.

Ces. ¿Quién se extraña?

Mor. ¿Se pué pasar?

Acis. ¡El alguacil! Pasa, Morrones.

Mor. (Con gran respeto.) Güenos días nos dé Dios; con premiso de ustés.

Ces. Regulares que sean.

Acis. ¿Qué te trae por acá tan de mañana?

Mor. Pos náa, que tengo un desgusto, con premiso de usté, que no sé cómo no le da a uno itiricia.

Acis. ¿Pues qué pasa?

Mor. Pues pasa que don Sabino el médico, el Perniles y Garibaldi, pus m'han hecho de venir a molestarle a usté, con premiso de usté, porque quién hablale de no sé qué cosas *nómalas y urgüentes*, que me lo he tenío que apuntar. (Mira un papel.)

Acis. ¿Quejas tenemos?

Mor. ¡Qué sé yo!... Cuatro garambainas..., Que si los sueldos, que si el riego, que si la contrebución... Náa, lo e siempre: *potrestas*.

Ces. ¡Madre, qué tropal!... Pero si esos protestan de tóo.

Mor. Toma, como que el año pasao les cayó la lotería y elevaron una *potresta* por haberles caido en la de tres pesetas.

- Acis.** Güeno, pues les dices que aguarden, si quieren, que yo voy a tomar el chocolate. Eso si no encuentras alguna razón de las tuyas pa que se vayan.
- Mor.** Yo, si usté lo manda, *razones* siempre tengo. Les abro la puerta y les abro la ventana y ellos escogen: u se marchan u *los marchan*. (Acción de echarlos.)
- Acis.** Déjales, que todavía no es el caso. Pero como me urguen mucho les va a doler, ¡por éstas! Que esos tres me andan buscando las cosquillas...
- Ces.** ¿Y viene con ellos Garibaldi, el republicano ese?...
- Mor.** El mismo. Ahora ice que s'ha sindicao con un garrote que tiene, así de gordo!
- Ces.** ¡Mala troná en ellos! ¡Valiente gentuza! (Vanse don Aciselo y señá Cesárea, primera derecha.)

ESCENA IV

MORRONES, DON SABINO, PERNILES y GARIBALDI, segunda derecha

- Mor.** (Desde la puerta.) Que les da a ustés su premissos... pero pa pasar aquí hay que limpiarse los pies.
- Sab.** (Entra. Se descubre.) Buenos días.
- Pern.** (Idem, idem.) A la paz de Dios.
- Gar.** (Pasa sin quitarse el sombrero.) Libertá, fraternidá...
- Mor.** Quítate el sombrero.
- Gar.** Igualdá.
- Mor.** Igual dá, pero quítatelo. (Se lo quita y lo tira sobre una silla.)
- Sab.** ¿Has tenido la bondad de decirle al señor alcalde?...
- Mor.** Le he dicho lo que le tenía que icir y dice que si quién ustés esperale que le esperen, que ahora saldrá...
- Sab.** Entonces... (Mira como buscando una silla.)
- Mor.** Que ahora saldrá con su señora a dar un paseo y que golverá a la una, pero que ustés hagan lo que sea de su conveniencia, que él no se va a privar de sus cosas por naidie.
- Sab.** Pues esperaremos, ¿no os parece?
- Pern.** ¡Qué remedio! Yo no me voy sin que me oiga. (Van a coger sillas para sentarse.)

- Gar. Ni yo... Le quió presentar al *noy del fresno*.
(Por el garrote.)
- Mor. (Muy extrañado.) ¿Pero es que se van ustés a sentar?
- Sab. Hombre, si es posible...
- Mor. (Como resignándose.) Güeno, pero cojan ustés taburetes, que las sillas son pa los amigos políticos.
- Pern. Tá bien. (Se sientan en taburetes.)
- Mor. (A Garibaldi.) Y tú, tira ese cigarro, que aquí no se pué fumar.
- Gar. ¿Y por qué fumas tú?
- Mor. No se pué fumar viniendo de vesita. (A Perniles que se vuelve a mirar el reloj.) ¿Y tú qué miras?
- Pern. Hombre, iba a mirar la hora...
- Mor. ¡La hora!... En seguía si fuá yo el Alcalde iba a tené un reló destapao pa que se aprovechasen d'el los del partido contrario... Mañana lo forro.
- Gar. Lo que debías tú de hacer, aunque seas *aguacil* y estés amparao por ciertos mandones, es mirarte una miaja más en la atención de las presonas que necesitan del mocicipio y no avasallar a tóo Cristo por menos de náa.
- Mor. Tú, lo que vas a hacer, es callarte la boca ahora mismo.
- Gar. Y prencipalmente por don Sabino lo he dicho, que es una presona médica y respetable, llena de canas; que uno al remate no es letrao ni muchismo menos y anda con Dios y que le falten a uno, que tan hecho está uno a trancas como a barrancas.
- Mor. Tú eres un parlero que hablas más de la cuenta, y si no te callas te agarro de los cabezones y sales... (Le amenaza.)
- Gar. (Enfurecido.) ¡Prueba y te doy con el *noy!*...
- Mor. ¿A mí?... (Se dispone a acometerle.) ¡Por vida e...!

ESCENA V

DICHOS, don ACISCLO, primera derecha

- Acis. (Autoritario y despótico.) ¿Qué es eso?
- Mor. Señó alcalde... Era que...
- Acis. ¡Silencio! Anda pa un rincón, que es lo tuyo.

- Mor.** No, dejarme... ¡Maldita siá! (Va a sentarse junto a la puerta, refunfuñando.)
- Acis.** (Se va a su mesa y se sienta.) Sentarse.
- Mor.** Y encima les dice que se asienten. ¡Se cae usted de güeno! Así le tratan.
- Acis.** A callar. Sentarse he dicho.
- Los tres** Con permiso. (Se sientan con cómica rapidez.)
- Acis.** Pues ustedes dirán... (Se levantan los tres como para hablar.) ¡Sentarse he dicho! (Vuelven a sentarse con mayor rapidez que antes.) Sé que me quién ustedes hablar. Acedo; pero uno a uno y cuidado con lo que se dice. Escomenzaremos por usted, don Sabino.
- Sab.** (Poniéndose de pie.) Como usted mande.
- Acis.** Conque usted dirá qué istentino se le ha deteriorao.
- Sab.** Pues... nada, señor alcalde, que un servidor de usted...
- Acis.** Por muchos años.
- Sab.** Por muchos, sí, señor... Me veo, bien a mi pesar, en la precisión de molestarle respetuosamente, acuciado por las dolorosas necesidades de la vida. Porque, claro, aunque uno es un humilde médico rural, pues tiene uno que comer de vez en cuando, tiene uno que vestir, llamémoslo así; tiene uno que...
- Acis.** Exigencias no faltan, no.
- Sab.** Las igualas son cortas, las visitas escasas... y como el digno Ayuntamiento de su acertadísima presidencia tiene la bondad de adeudarme...
- Acis.** (Agriando mucho más el gesto y dando un golpe en la mesa con una regla; carraspea.) ¡Ejéml...
- Sab.** (Sobrecogido, trata de dulcificar el concepto.) ...nada, siete efímeras y cortas anualidades, que importan la insignificante suma de catorce mil quinientas pesetas; pues yo, agotados todos mis recursos para la vida, me permito elevar a usted una humilde súplica...
- Acis.** (Dando otro reglazo sobre la mesa.) ¡Dita siá!... ¡Y tié usted la frescura de venir aquí con esas quejas?
- Sab.** ¿Cómo la frescura, señor alcalde?
- Acis.** ¡La frescura! No quito una letra.
- Mor.** (Enardecido.) No quite usted náa.
- Sab.** Yo creía que elevar una humilde queja...
- Acis.** ¡Una humilde quejal... Pero cuidiao que hace falta descaro, don Sabino.

- Sab. ¡Señor Alcalde!
- Acis. Vamos a ver. ¿Qué le debían a usted en el último pueblo?
- Sab. Once anualidades.
- Acis. ¿Y en el anterior?
- Sab. Nueve.
- Acis. ¡Y viene usted a estrellarse conmigo que no le debo más que siete!
- Sab. Señor Alcalde...
- Acis. ¿Le ha pagao a usted alguno?
- Sab. No, señor.
- Acis. ¡No le han pagao los otros y quié que le pague yo!... Pórtese usted bien, debiendo menos que los demás pa que encima se lo agradezcan con estas exigencias.
- Sab. ¡Peor me lo agradecen a mí, que no me pagan y encima me maltratan, don Acisclo!
- Acis. Usted se lo ha buscao.
- Sab. ¿Yo?...
- Acis. ¡Sí, señor, ea! Que si no lo digo, reviento. Usted se lo ha buscac por ser enemigo político mío.
- Sab. ¿Yo enemigo de usted?
- Acis. Y encubierto y solapao, que son los malos.
- Sab. ¡Don Acisclo!
- Acis. Y le voy a usted a probar su malquerencia, que la tengo conoía en tóos los detalles. Aquí, en este pueblo de mi mando, no hay más que dos partíos políticos, ¡dos!... porque no quiero confusiones; el *miista*, que es el mío, y el *otrista*, que son tóos los demás; güeno, pues en los dos últimos años se han muerto cinco presonas en el pueblo... pues tóos de mi partido. Y eso no se lo aguanto yo, ni a usted ni a nadie. Conque, u se mueren cinco presonas del partío contrario en el término de dos meses, u no cobra usted un real.
- Sab. Señor Alcalde, es que los *otristas* no son más que tres.
- Acis. Pues que se mueran dos veces cáa uno.
- Sab. Y además, se cuidan mucho.
- Acis. Pues se pone usted d'acuerdo con el boticario. Pa tóo hay recursos. Y como remate, ¿usted cree que estoy yo aquí pa aguantar menosprecios de nadie?...
- Sab. ¿Menosprecios?
- Acis. ¡Sí, señor; menosprecios!... Va usted a visitar

a la mujer del sargento de la Guardia civil u a la del Registrador, y a ellas sellos, jara-
bes, píldoras, emplastos, sanguijuelas... ¡Vie-
ne usted a ver a mi mujer y manesia *ferve-*
cente náa más!

- Sab.** Es que eran distintas las dolencias.
- Acis.** Pamplinas. A mi mujer hay que darla do-
bles recetas que a tóo el mundo, tenga lo
que tenga, que pa eso es mi mujer.
- Sab.** Pero si usted permitiera que yo le expli-
case...
- Acis.** Ni una palabra. De forma, que me presenta
usted una *istanca* en papel sellao de tres
reales y se la da usted a ese, (Por Morrones.) que
ya sabe lo que tié que hacer con ella.
- Mor.** Sí, señor.
- Sab.** Pero...
- Acis.** Otro.
- Sab.** Señor Alcalde, perdone usted que le diga que
esto es conculcar la ley.
- Acis.** Está usted errao.
- Sab.** ¡Yo errao?...
- Acis.** Errao completamente. A ver, el veterinario.
- Pern.** (se levanta.) Servidor.
- Acis.** (Lo de la manesia lo tenía yo clavao en el
alma...) Expon, Perniles.
- Pern.** Pues yo, señor Alcalde, vengo como conce-
jal d'oposición...
- Acis.** Ya sé que eres otrista; no me lo recalques.
- Pern.** A decirle a usted que me se haga justicia;
porque lo que están haciendo conmigo los
sabuesos de usted, es una gorrinada.
- Acis.** Oye, tú... ¡A ver las palabritas que usas, que
no estamos en sesión!
- Pern.** Es que hay que hablar claro.
- Acis.** En el Ayuntamiento, las porquerías que
quieras; aquí con urbanidaz.
- Pern.** Es que ya no hay cristiano que aguante
esto, que no me dejan vivir; que el tío Mar-
cos, amparao en usted, ha cogío el agua del
acequión de las Jarillas pa su molino y nos
quita de regar a los que tenemos derecho pa
ello.
- Acis.** ¡Pero es que él es primo mío, miá tú éste!
- Pern.** Más primos somos nosotros, que pagamos y
no regamos.
- Acis.** ¿Y qué quiés decir con eso?
- Pern.** Pues con eso quió decir, que antes tós co-

- giamos buenas calabazas, que es la prencipal cosecha del pueblo; pero ogaño como no consienten de regar más que a sus amigos de usté, pues resulta que las mejores calabazas son las del partido miista.
- Acis.** Cúa partío tié las calabazas que se merece. Si vosotros hubiéseis votao lo que yo sus decía, no las habría como las vuestras; pero ya que me hicísteis de perder la elección, calabacines y gracias.
- Pern.** ¿Es decir, que voy a mirar yo con sosiego que me se pierdan toas las cosechas?
- Acis.** Tú verás lo que te conviene, Perniles, porque aquí no hay más que dos caminos: u te haces miista u vas a regar cuando estornudes.
- Pern.** ¿De móo que la concencia política...?
- Acis.** Riega con ella.
- Pern.** ¡Güeno, y últimamente, si no me dejan regar, que no me manden el recibo del agua, eso es!
- Acis.** ¡Alto allá! Eso es otra cosa. El recibo te lo mandan porque en la cuenta e regantes resulta un líquido en contra tuya.
- Pern.** ¡Pero qué líquido va a resultar si no me dan agua!
- Acis.** No es líquido de humedaz, es de aritmética, y tiés que enjugarlo.
- Pern.** Pues si no me dan agua, el otro líquido que lo enjuague el Secretario. (Se sienta.)
- Acis.** Eso lo veremos, que tú eres muy altanero; y u pagas u te se embarga, que ya me tiés conocío. Otro. A ver tú, Garibaldi, ¿vienes también sobre alguna protesta?
- Gar.** Servidor, vengo sobre su cuñao de usté, que me ha tirao dos coces su macho, porque lo tié enseño a cocear a los republicanos de una manera, que en cuanto se habla de Lerroux no hay quien pare a su lao.
- Acis.** Yo, en las opiniones políticas del macho no me puedo meter.
- Gar.** Bueno, está bien; eso ya me lo arreglaré yo, porque estoy educando a mi burra de una forma, que de que oiga mentar a La Cierva, de una coz le va a quitar la cabeza a un santo. Pero de camino vengo a hacerle a usté una denuncia.
- Acis.** ¿Contra quién?

- Gar. Contra su consabido cuñado. Anastasio Mangola, alias Jaro.
- Acis. Tú dirás.
- Gar. Pues náa; paso por lo del macho, paso porque sea cartero, paso porque sea cojo siendo cartero y paso porque siendo cojo y cartero no sepa leer ni escribir, pero por lo que no puedo pasar de denguna de las maneras es por la forma que tiene de repartir la correspondencia.
- Acis. ¿Qué forma tiene, vamos a ver?
- Gar. Pues náa que coge las cartas y las deja encima una mesa a la puerta e su casa. Usté va y mira; que hay una carta y que es pa usté, pues deja usté cinco céntimos y se la lleva; que no es pa usté, pues deja usté diez y la coge si quiere. Y cuando se presenta el interesao a reclamar, pues le ice: ¡Haber venío antes!
- Acis. ¿Y qué pero tiés que ponerle a eso?... ¡Yo no os entiendo! Estáis clamando día y noche por la libertá y en cuanto un funcionario público sus deja en libertá...
- Gar. Es que queremos libertá con orden y con justicia, que es lo que no hay en este pueblo.
- Acis. (Airado y dando golpes en la mesa.) ¿Qué estás diciendo?
- Gar. El Evangelio; que hay que icir las cosas como sean.
- Pern. (Animado por el ejemplo de Garibaldi.) Sí, señor; que esto es peor que la Inquisición, pa que usté lo sepa.
- Gar. Porque aquí, pa que le dejen respirar a uno y no le quemén la cosecha u le maten el ganao, tié que votar lo que usté quiera y hacer lo que usté quiera y ser esclavo de usté.
- Pern. U de su señora de usté.
- Gar. U de su otra señora...
- Acis. (Indignado.) ¡Garibaldi!
- Pern. U de sus amigos, u de las criás de sus amigos u de los amigos de sus criás.
- Gar. Pa pagar las contrebuciones, nosotros; pa cobrar, los compinches..., pues no, señor. ¡Esto no pué ser!
- Pern. Y no será. Que antes que vivir en este atropello, es mejor echarse por los caminos a pedir una caridá e Dios.
- Acis. ¡Que estáis faltando a la ley!

- Sab.** (Airado.) Pero ¿qué entiende usted por ley?
- Acis.** Una cosa que me permite poner multas; conque cincuenta duros cáa uno. Morrones, avisa a la Guardia civil.
- Sab.** ¡Que avise a quien le dé la gana, pero hay que acabar con esta ignominia; hay que vivir como seres civilizados, como hombres siquiera, porque cuando se vive hundido en la infamia de una tiranía bestial e ignorante, es preferible la muerte... cien veces la muerte!... Y hay que luchar...
- Los dos** Sí, señor.
- Sab.** Hay que luchar, pero no por unas miserables pesetas perdidas, no; hay que luchar porque el oprobio y la esclavitud en que vivimos es vergüenza para la civilización, y ludibrio y escándalo para la patria. ¡Muera el caciquismo!... ¡Muera cien veces!...
- Los dos** ¡Muera!... (Vanse gritando: ¡muera!)
- Acis.** ¡Canallas! ¡Granujas!... ¡A la calle!... ¡Me han atropellao! ¡Me han desacatao! .. ¡Dan gritos revolucionarios!
- Mor.** (Que ha sacado una escopeta de la primera derecha y quiere ir tras ellos.) ¡Déjeme usted a mí que les voy a dar cevelización!...
- Acis.** (Conteniéndole.) No; quieto, Morrones... ahora no, que es de día y salen de mi casa. (Le quita la escopeta y la esconde.)
- Mor.** ¡Eso les vale!... ¡Maldita siá!...
- Acis.** Pero ven acá, vamos a hacer una denuncia por desacato. Los tengo medio año en la cárcel. ¡Por éstas!
- Mor.** ¡Medio año!... ¡seis años de cadena perpetua cáa uno y no pagan, no sea usted primo!
- Acis.** Es verdá. ¡Seis años! Veinte años..., cuarenta años... (Vanse primera derecha.)

ESCENA VI

CRISTINA, DOÑA EDUARDA (del huerto)

(Se levanta la cortina de la ventana y asoma la cara dulce y graciosa de Cristina. Por el otro extremo asoma doña Eduarda.)

- Cris.** ¿No hay nadie?
- Eduar.** Nadie. Pasa, Cristina; pasa. (Entran de puntillas. Cristina trae unas flores en la mano.)

- Cris.** Tengo miedo que nos puedan oír.
- Eduar.** Pasa, pasa sin temor; siéntate aquí y cuéntamelo todo. ¡Oh, pero quién iba a figurarse que tú!... ¡Habla, hija; habla! (Se sientan.)
- Cris.** Sí; sí, señora doña Eduarda, es preciso que hablemos, porque yo necesito una persona buena como usted a quien abrirle mi corazón, contándole todo lo que me sucede.
- Eduar.** Claro, así te encontraba yo de triste y de pensativa. ¡Pero cómo iba a imaginar! ¡Oh, tu aventura es una aventura llena de interés, de poesía, de pasión!...
- Cris.** ¡Me ha costao ya más lágrimas!... ¡Si supiera usté!...
- Eduar.** Sigue, sigue... ¿y dices que se trata de un joven esbelto, de ojos oscuros, fuerte como un pugilista, ágil como un berebere?...
- Cris.** Sí, señora; es alto, elegante, de ojos grandes, pelo negro, labios finos... dientes blancos...
- Eduar.** ¡Una tontería de moreno, vaya!
- Cris.** ¡Usted no puede imaginarse un hombre más guapo, doña Eduarda!
- Eduar.** Ya lo creo que puedo. Tú no conoces mi fuerza imaginativa. Además, tú te expresas con un calor, que no es que describes, es que fotografabas... Y sigue, sigue... ¿dices que cuando estabas ahogándote, él, heroicamente se lanzó al agua?
- Cris.** Sí, señora; cuando yo estaba ahogándome, de pronto él, se tira al agua, coge la botella, llena el vaso, me lo da, bebo un sorbo y me pasa la espina.
- Eduar.** (Con cierto desencanto.) ¡Ah! ¿Pero no fué un naufragio?
- Cris.** No, señora; fué una raspa. Si ya se lo he dicho a usté, sino que usté se ha empeñado que me pasó en el Océano, y fué en una fonda.
- Eduar.** Confiesa que en el mar hubiese sido más romántico; pero, en fin, todo es ahogarse. Sigue, sigue.
- Cris.** Pues como digo, fué en la fonda del balneario de la Robla, donde yo había ido acompañando a mi tía Constanza. Allí encontré a Alfredo.
- Eduar.** ¡Ay, Alfredo, hasta el nombre escalofría!
- Cris.** Antes de aquello de la espina, había notao yo que aquel jóven me miraba con interés

y que me decía al pasar alguna palabra cariñosa; pero ya desde aquella tarde nos acompañó sin falta en todos nuestros paseos, y al cabo, una noche de luna muy clara, muy clara, después de cenar, fuimos a dar una vuelta por la carretera y se me declaró.

Eduar. ¡Oh!... Sigue.

Cris. Se me declaró pintándome un amor... ¡ay, doña Eduardal...

Eduar. ¿Rosáceo?

Cris. No me acuerdo, porque yo no estaba para colores... Pero ¡qué frases me dijo tan discretas y tan amables!... Y claro, como una metida en estos poblachos no ha oído jamás a un joven educado tres palabras cariñosas y bien dichas, pues yo, a medida que me pintaba su cariño, iba sintiendo interiormente una alegría y un temblor que yo no sabía cómo disimularlo.

Eduar. ¿Y tú qué le dijiste, qué?...

Cris. Pues le dije que aquello no podía ser formal, que era que quería burlarse de mí, que yo no podía gustarle... en fin, todas esas tonterías que dice una mujer cuando quiere decir que sí y no sabe cómo.

Eduar. ¡Oh, qué cándida ingenuidad!

Cris. El, entonces, me contó toda su vida. Y yo no sé, vamos, porque a los hombres no los puede una creer... pero qué sé yo, se me figuró que aquél me hablaba con un sentir honroso y verdadero. Me dijo que era pobre, muy pobre.

Eduar. ¡Pobre!... ¡Qué poemático!

Cris. Que no tenía padres.

Eduar. ¡Huérfano!... ¡Qué elegíaco!

Cris. Que vivía con un tío.

Eduar. ¡Vivir con un tío!... ¡Mi ideal!

Cris. Y yo..., pues también le conté mi vida. Le dije que era huérfana como él, que vivía enterrada en esta tristeza de pueblo con un hermano de mi padre que me administraba la fortuna, y que se me figuraba que esto me tenía amarrada a mis tíos, que querían casarme a su gusto, para que no pudiese escapar de su lazo; y que yo tenía ansia de un cariño leal y verdadero que me sacara de esta esclavitud y de estos egoísmos. El me escu-

chaba así como emocionao, y luego con voz temblorosa, me prometió quererme siempre, venir por mí, casarse conmigo, sacarme del pueblo... Yo, entonces, lloré al oírlo, nos cogimos las manos y... ¡me da un sofoco recordarlo!..

Eduar.

¡Dime, dime!..

Cris.

¡Y luego nos dimos un besol

Eduar.

¡Oh, un besol!.. ¡Ah, Cristina, qué recuerdos se despiertan en mí!

Cris.

¡Pues ya ve usted si es infamia, al día siguiente de aquella noche tan feliz, desapareció del balneario sin despedirse siquiera!

Eduar.

¡Qué perfidia! ¡Qué ingratitud!..

Cris.

Yo lloré sin consuelo. Aquello me pareció una burla. En el hotel se murmuraba que se había ido sin pagar. Yo no hice caso, pero luego caí en la cuenta..

Eduar.

El que se conoce que cayó en la cuenta fué él.

Cris.

Caí en la cuenta de que quizá arrepentido de haberme engañao, no quiso ni despedirse.

Eduar.

¡Pobrecilla!

Cris.

A los pocos días volvimos al pueblo, y aquí me paso estas horas largas llorando y pensando en él. ¿Volverá? ¿No volverá? ¡las margaritas que yo he deshojado!..

Eduar.

¡Volverá, ten esperanza!

Cris.

¡No, no volverá, doña Eduarda! Aquello fué una broma con una pobre señorita de pueblo. Como una no sabe expresarse, ni tiene modales, ni elegancia, ni nada... Claro, cuesta tan poco engañarnos!.. Si viera usted, tengo una rabia y un coraje! ¡Ser una señorita de pueblo!.. ¡Me da una pena!..
(Llora.)

Eduar.

Por Dios, Cristina, no llores, no llores, que me estás atormentando cruelmente. (se levanta.)

Cris.

¿Yo?...

Eduar.

¡Sí, ea!.. Quiero también hacerte mi confesión. Me estás atormentando porque, sábelo de una vez, tu aventura renueva en mi alma el dolor de un episodio parecido.

Cris.

¿Doña Eduarda, qué dice usted?

Eduar.

Lo que oyes. ¡Qué mujer no tiene su dardo en el corazón!.. ¡Ah, esos amores fugitivos,

esas poéticas aventuras de unos días, dejan en el alma una huella tan perdurable!... Yo también conocí otro como tu Alfredo. El mío se llamaba Rigoberto. Rigoberto Piñones de Vargas. Como guapo, el Apolo del Belvedere era un charlot a su lado. Pertenece a una gran familia valladolisoletana. Tú ya habrás oído hablar de los piñones de Valladolid.

Cris. Muchísimo, sí señora.

Eduar. Era tierno, blanco, suave, apasionado, donjuanesco, arrogante... y para colmo, me dijo que era militar.

Cris. ¿Pero todo eso sería antes de casarse usted con el señor Blanco?

Eduar. Ah, claro, hija, eso fué mucho antes de que yo pusiera los ojos en Blanco. ¡Tú no puedes imaginarte cómo idolatré á Rigoberto! ¡Aquello era la enajenación, el arrebató, el traumatismo! Yo también tengo mi noche de luna, mis promesas ardientes murmuradas en un jardín solitario!... Yo también gusté la miel de un beso furtivo... ¡Ah, Cristina!

Cris. ¡También!

Eduar. También. Me lo dió en la rotonda, en la rotonda de mi casa. ¡Mamá dormitaba, yo confieme, el incitome... y al fin, imprimiómelo! ¡Cuánto adorele! Pero, ¡oh funesta coincidencia! también el mío, como el tuyo, desapareció un día súbitamente.

Cris. ¿Es posible?

Eduar. Lo que oyes. Y a poco averigué, aterrada... que no se llamaba Rigoberto, sino Exuperio, que lo de los Piñones era una superchería y que lo único que tenía de militar era la licencia absoluta y un gorro de cuartel.

Cris. ¡Qué horror!

Eduar. ¡Qué horror y qué sacrilegio!

Cris. ¿Sacrilegio?

Eduar. Sacrilegio, sí; porque ¡hay más!... ¡pásmate, aquel hombre estudiaba para sacerdote!

Cris. ¡Jesús!

Eduar. Era un ordenado de Epístola, es decir, era un desordenado, porque todo se lo gastaba en juergas. Tuvieron que echarlo del Seminario. No te digo más.

Cris. ¡Qué desengaños hay en la vida!

Eduar. Pues ya lo ves; pasó el tiempo, me case, soy fiel a mi esposo, y, sin embargo, recuerdo tanto a aquel hombre, que cuando mi marido dice por ahí que estamos a partir un piñón, me pongo como la grana...

Cris. ¡Lo creol

Eduar. Vamos, Cristinita, vamos hacia el jardín. Necesito aire... Tu relato y mi recuerdo, me retraen a rememoraciones que... ¡Ah!...

Cris. (Cogiendo una margarita que lleva en el pecho.)
¿Volverá? ¿No volverá?... Sí, no... sí, no...
(La va deshojando. Hacen mutis por el jardín.)

ESCENA VII

CARLANCA y CAZORLA, segunda derecha, luego MORRONES,
primera derecha

Carlanca es un tipo de matón de pueblo, feo, peludo, cejijunto, de mirar atravesado. Cazorla, fino, redicho. Vestido con humildad, pero pulcramente. Vienen jadeantes, pálidos, consternados. Hablan con agitación, con ira

Caz. ¡Ay, párate, Carlanca, párate, que no puedo más!

Carl. Y yo vengo con la lengua fuera; pero déjalo, no le hace que reventemos. ¡Hay que ponerlos sobre aviso, tién que saber la gravedad de la cosa!

Caz. ¿Quién habrá sido el ladrón?

Carl. ¡No sé, pero el que haiga sido, míalas, sino me las paga con su sangre!... Llamemos.

Caz. ¡Ay, qué disgusto más horrible! ¡Ay, en cuanto se entere don Acisclo!...

Carl. Cae con una *apoplegía*. ¡Pero ni pa hunto va a servir el que tenga la culpa! ¡Lo asesino!... (Llamando.) ¡Ave María Purísima!...

Caz. ¡Ay, Carlanca, no llames, que yo no tengo valor pa darles el trago!

Carl. No hay que perder tiempo. Sería peor. ¡Pero déjate, que al causante, mal rayo si no le clavo la faca en las entrañas!... (Volviendo a llamar.) ¡Alabao sea Dios!

Mor. (Saliendo primera derecha.) ¿Quién?

Los dos Morrones... (Le cogen cada uno de un brazo.)

Mor. ¡Señor Cazorla! ¡Carlanca!...

Caz. ¿Y el señor Alcalde?

- Mor.** Pero, ¿qué pasa que vienen ustedes más blancos que un papel?...
- Caz.** ¡Pues pasa, que el mundo se nos viene encima!
- Mor.** ¡Mi madre!
- Carl.** Que ya pués ir escogiendo el presidio que te guste más.
- Mor.** ¿Recontra, pero va en serio?
- Caz.** El Evangelio es una chirigota comparao con lo que acabas de oír.
- Mor.** Pero...
- Carl.** Arrea, avisa a don Acisclo y a la señá Cesaria que salgan a escape.
- Mor.** (Inicia el mutis.) Voy, voy...
- Carl.** (Deteniéndole.) ¡Ah, escuchal... para que no se asuste así, de pronto, dile que no es nada, pero que se traiga el revólver, por si acaso.
- Caz.** Eso. Y añádeles que la cosa no tiene importancia, pero que si no está el médico que lo avisen.
- Mor.** Bueno. (Va a marcharse.)
- Caz.** (Vuelve a detenerlo.) Oye... y manda como cosa tuya que hagan una meaja de tila.
- Mor.** ¿Pa cuántos?
- Caz.** Kilo y medio. Arrea. (Vase primera derecha.)
- Carl.** ¡Pobre don Acisclo!
- Caz.** Bueno, y si al decírselo se nos muere, ¿qué hago?
- Carl.** Pues en cuanto le veas con síntomas así como pa entierro, te callas.
- Caz.** ¡Pero, Dios mío! ¿quién' habrá sío el delator?
- Carl.** Yo lo sabré y ¡ay de él! ¡Iremos a presidio, pero le rajol! ¡Por de contaol!
- Caz.** Calla, que salen.

ESCENA VIII

DICHOS, SEÑA CESAREA y DON ACISCLO. Primera derecha

- Ces.** ¿Qué pasa?
- Acis.** ¿Qué ocurre, qué dice Morrones qué dicen ustés?...
- Ces.** ¡Madre, qué caras!
- Acis.** ¿Se nos ha quemao la parva?
- Ces.** ¿S'ha muerto ganao?
- Carl.** ¡Peor!

- Ces.** ¡Peor!
- Acis.** Hablen ustés, que m'ahogo de angustia.
¿Qué es lo que pasa?
- Caz.** ¡Ay, don Acisclo, en diez años que llevo al frente de la secretaría de este Ayuntamiento, nunca le he dado a usted un mal disgusto!
- Acis.** Sí, bueno, ya lo sé, pero...
- Caz.** Cuando se le murió a usted su suegra, pa evitar que usté se afligiese, le dije que era la mía, así yo me hacía la ilusión y usté no se disgustaba.
- Ces.** (Impaciente.) Bueno, pero ahora, ahora... ¿qué es lo que pasa ahora?
- Carl.** Pues ahora pasa que les tenemos que dar a ustés el disgusto más grande de su vida.
- Acis.** ¡Canastos! ¿Y si es un disgusto, por qué no se lo dan ustés a otro?
- Caz.** Es intransferible, don Acisclo, si no a estas horas ya se lo había yo dao al señor cura u a otro amigo de confianza.
- Acis.** ¡Pues venga, venga, por Dios, lo que sea!
- Ces.** ¿De qué se trata?
- Caz.** Pues verán ustedes. Estaba yo en el Ayuntamiento, con aquel expediente que me dijo usté que lo estudiase para ver cómo podíamos dejar de resolverlo, cuando en esto, llega una carta pa usté, y como usté me tiene autorizao para abrirlas, la abro, la leo y me caigo redondo.
- Acis.** ¿De quién era?
- Carl.** De don Demetrio.
- Acis.** ¿De nuestro antiguo diputao?
- Caz.** El mismo. Aquí está.
- Acis.** ¿Y qué dice?
- Caz.** Oiganla ustedes, si tienen valor, y juzguen de mi espanto.
- Los dos** A ver, a ver...
- Caz.** (Leyendo.) «Señor don Acisclo Arrambla Pael. Mi querido Acisclo: Si no tienes agua de azahar en casa, no empieces la lectura de esta carta.»
- Acis.** ¿Tenemos?
- Ces.** Creo que sí. Sigue, Cazorla.
- Caz.** «Porque tu corazón municipal y patriota va a sufrir el más terrible de los golpes.»
- Acis.** ¡Golpes a mil..
- Caz.** «Cuando yo tenía vuestra representación en

Cortes, tu gestión al frente del Municipio estaba garantizada, pero desde que los otristas me arrebataron el acta, dándosela a ese imbécil de García Moyuelo, que una terrible amenaza se cernía sobre vosotros...»

Ces. ¡Amenaza!...

Acis. ¡Rediez!

Caz. «Y esta amenaza va a realizarse al fin.»

Acis. ¡Pero qué es! ¿Qué amenaza es esa?

Carl. ¡Tenga usted valor, don Acisclo!

Caz. (Leyendo.) «A petición de algunos elementos de ese pueblo, García Moyuelo ha solicitado del Presidente del Consejo de Ministros, enemigo acérrimo del caciquismo, que se os envíe un delegado con órdenes severísimas...»

Acis. ¡¡Santo Dios!!

Caz. «Para que inspeccione tu gestión administrativa durante los diez y ocho años que llevas al frente de ese municipio.»

Acis. (En el colmo del furor.) ¿Investigarme a mí?... ¿Pero quién manda eso?... ¿Pero qué ladrón se va a atrever a eso?...

Ces. Calma, Acisclo, calma, deja que siga. ¡Alante!...

Caz. (Lee.) «Aseguran que ese Ayuntamiento es una cueva de ladrones.»

Acis. ¡Cómo ladrones!... ¿Pero dice ladrones?

Caz. Con todas sus letras. Mire usted. (Le muestra la carta.)

Acis. (Leyéndolo.) ¡Ladrones nada más!... ¡Digo, nada menos!

Caz. (Lee.) «El delegado que os envían, hombre enérgico y resuelto, ha prometido al Ministro que, o le rendís cuentas hasta el último céntimo, u os trae a Madrid atados codo con codo.»

Todos ¡Codo con codo!

Caz. «Uno de estos días enviarán al pueblo una sección de la Guardia Civil, para apoyar la gestión del Delegado.»

Ces. ¡Santo Dios!

Carl. ¡La Guardia Civil!

Acis. ¡Qué infamia!... (Con sonrisa sarcástica.) ¡No dejarle venir solo!

Caz. «Yo, enterado de la cosa por una confidencia secreta, me he creído en el deber de avisarte para que os preparéis, y como yo sé

que tú llevas los libros de una forma especial, como persona que sabe muy bien lo que se lleva, te aconsejo un procedimiento expeditivo: quema los libros o quema el Ayuntamiento.»

Acis. ¿Y si quemáramos las dos cosas?

Carl. ¡Es una idea!

Caz. «Y por último, vigilad sin descanso. El Delegado y su secretario llegarán a esa de incógnito. Quieren sorprenderos. Quizá estén ya entre vosotros.»

Mor. ¿Entre nosotros?... (Mira por todos los rincones.)

Caz. «Calma y astucia. ¡Maura, no!... Tuyo siempre, Demetrio Sánchez Cunero.»

Acis. (En el colmo de la ira.) ¡Ay, Cesaria, que me ahogo, que me siento morir!

Ces. ¡Ladrones, canallas, granujas!

Acis. ¡Quieren mi perdición!... ¡Infames! ¡Asesinos! ¡Treinta y dos años haciendo en este pueblo lo que me ha dao la gana, y no tenerse en cuenta esta antigüedad! ¡Ay, dame agual... ¡Me rechinan los dientes! Me reuerzo de coraje! (Le dan convulsiones de ira.)

Ces. ¡Por Dios, Acisclo, no te pongas de esa forma!

Carl. ¡Por Dios, señor Alcalde! Calma. Fúmesse usted un cigarro. (Se lo da.)

Caz. Desabrocharlo... hacerle aire.

Acis. ¡Investigarme a mí!... ¿Yo codo con codo?... Antes asesino, machaco, triturero, incendio...

Ces. Sujetarlo, que voy a hacerle tila. (Vase izquierda.)

ESCENA IX

DICHOS menos doña Cesarea

Mor. ¡La Guardia Civil!

Acis. (Aterrado.) ¿Dónde?

Mor. Digo que la Guardia Civil es lo que más me ha ofendió a mí.

Carl. (Iracundo.) ¡No asustes sin motivo, so animal!

Acis. ¡Hay que quemar los libros!

Carl. Pero si los quemamos, es posible que vayamos a la cárcel.

Caz. ¡Pero si no los quemamos, es seguro!

- Acis.** ¡Sí... hay que incendiarlo, arrasarlo, quemarlo tóo!... Dar-me fuego... ¡Yo lo quemóo tóo!... ¡Dar-me fuego!...
- Mor.** ¡No, por Dios!...
- Acis.** Dar-me fuego, hombre, que estoy muy nervioso y quiero fumar.
- Caz.** ¡Ah, buenol!... (Le da una cerilla cada uno.)
- Acis.** ¿Hacerme esto a mí?... Yo, que ha llegado una Noche Buena y capones al Ministro, tortas al su-secretario, leña al Director General...
- Carl.** ¡Ya les daría yo capones, pero no de plumal
- Caz.** Bien, dejemos fruslerías; no hay que perder tiempo. Vamos a pensar rápidamente lo que nos conviene hacer.
- Acis.** Bueno, total: ¿en qué renuncio puén cogernos?
- Carl.** En casi náa.
- Caz.** Lo más dudoso es lo de la cárcel. Ya sabe usted que había catorce presos con una consignación de dos pesetas, que en total eran veintiocho diarias. Un dia los cogió usted a todos, los dejó en libertad...
- Acis.** Sí, y me se olvidó suprimir la consignación el primer año... y los demás años, pues pa que no creyesen que había sío de mala fe... lo fuí cobrando y...
- Carl.** ¡Una distración cualquiera la tiene, señor!
- Caz.** También es grave lo del Monte de las Jari-llas, que es del pro-común y usted pidió el aprovechamiento que era del pueblo pa fundar con el producto un asilo de ancianos... Y el aprovechamiento pues se ha aprovechao; ahora, que el asilo...
- Acis.** Sí, hombre, sí, que no pué estar uno en tóo y me distraje...
- Carl.** ¡Ancianos, ancianos!... ¡Pa lo que van a vivir!...
- Caz.** Porque lo de que estén cerrás las Escuelas hace ocho años, no creo yo que...
- Carl.** ¡Eso qué le importa a nengunol!...
- Acis.** ¡Pa qué quié nadie saber leer en este pueblo, si aquí lo único que hay que leer son los rótulos de las calles y cuatro u cinco números atrasados de *La Lidia* que tié el sacristán!...
- Caz.** Pues claro, porque yo creo que tengamos sin pagar al médico siete años y doce sin abonar

náa a la Diputación, y que los fondos pa enseñanza... y el aprovechamiento de riegos... y esas cuatro tonterías...

Carl. Tóo eso, náa... ¡Espuma de virutas, que dijo Maura!

Caz. ¡Y que se vean tóos los Ayuntamieutos de España, a ver si están mejor!...

Acis. (Con resolución.) Bueno, de tóos modos hay que prevenirse. Pa las ocasiones son los hombres. Verán ustés cómo lo arreglo yo tóo en dos boleos. Morrones.

Mor. Mande usté.

Acis. En ti confío.

Mor. Un perro.

Acis. Márchate inmediatamente y búscame catorce hombres que quieran ir a la cárcel por tres pesetas diarias con oción a escoger los delitos que más les gusten. Cuasi tóos con cara de creminales...

Mor. Está bien.

Acis. En seguía me sacas de donde los haiga nueve ancianos. De ambos sexos los nueve. Y sobre la marcha, sea como sea, te haces con veinticuatro chicos, de los cuales doce u catorce sean chicas.

Mor. Catorce presos, nueve ancianos, veinticuatro chicos, que varios sean chicas... Descuide usté. Dentro e media hora estoy aquí con tóo el ganao. (Vase segunda derecha.)

Acis. Hala... vuela...

Caz. Lo malo es que no tenemos ningún chico que sepa leer.

Acis. No importa.

Caz. ¿Y si quieren examinarlos?

Acis. Pues se le dice a la señá Társila, la mujer del sacristán, que les enseñe a uno u dos cuatro torías de Historia, cuentas y pamplinas de esas; les pregunta usté que ande están las montañas de Navarra y muy brutos tién que ser pa no decirle a usté que en Aragón. Y despachaos.

Carl. ¡Si se pudieran arreglar los libros tan fácilmente!...

Acis. Tóo se andará; deje usté descansar al macho.

ESCENA X

DON ACISCLO, CARLANCA, CAZORLA y DON RÉGULO, segunda derecha

- Rég.** (Entrando.) Señor Alcalde... Señores...
- Acis.** ¡Don Régulo!
- Rég.** Vengo explosivo, la indignación me corroe, me crispa la ira...
- Acis.** ¿Se ha enterao usté?
- Rég.** De todo. Es una indignidad lo que ese Gobierno centralista y canallesco quiere cometer con nosotros.
- Carl.** ¡Quieren investigarnos!
- Caz.** ¡Ajustarnos las cuentas!
- Rég.** ¡Las cuentas!... ¡Jamás mientras yo viva en este pueblo! Un caballero español y cristiano no tolera semejante bochorno.
- Caz.** Muy bien.
- Acis.** Y luego, que aparte de lo de caballero y de lo de cristiano, si se enteran que cobra usté como matrona de consumos, era otro bochorno.
- Carl.** ¡Desconfiar de nosotros!
- Rég.** No debemos tolerarlo. Somos los nietos de los Comuneros y el que tiene en su escudo el león rampante de Castilla y seis rodelas en campo de azur, no se deja investigar.
- Acis.** ¿Y que haríamos? ¿Usté qué opina?
- Rég.** Déjenme ustedes a mí. Que venga ese delegado. Ya saben ustedes que yo le pego un tiro a una mosca a veinte metros. Viene, examina los libros y en cuanto haga una multiplicación que no nos convenga le mando los padrinos. Cuestión de honor.
- Carl.** ¡Eso es ser un caballero!
- Rég.** A un hidalgo español no hay quien le ajuste nada. Al menor recelo, a la más leve sospecha le cruzo la cara.
- Caz.** La verdad es que usté con la pistola en la mano...
- Rég.** Acuérdense ustedes de mi duelo con Menéndez, el teniente de la Guardia Civil. Se permitió mirar malévolamente a mi Eduarda y le tuve cojo medio año de un balazo en el peroné.

- Acis.** Sí, vamos, pero por cosa de mujeres, no...
Rég. (Saca una pistola) ¿Quieren ustedes que machaque aquella avispa que acaba de pararse en el marco del reloj?
- Carl.** No, hombre, por Dios; no hace falta.
Rég. (Se guarda la pistola.) Está bien. Pues ya lo saben ustedes: no hay que intimidarse. Unámonos ante el enemigo común. Unámonos y seremos fuertes. *La forse premier que le droit.*
- Caz.** Eso lo he leído yo en alguna parte.
Rég. En los hongos. Unámonos y podremos hacer lo que nos dé la gana, que es para lo que se une todo el mundo. Aprendamos de las sencillas lecciones de las cosas más nimias. ¿Qué es un grano de arroz por sí solo?... nada; pero junta usted muchos granos, adiciona un pollo y paella. Pues imitemos el ejemplo del arroz, y uniéndonos como sabrosos granos, no seremos pa ella, pero seremos pa nosotros. La unión *fait la force*. De otro hongo.
- Los tres** Muy bien.
Acis. Tiene usted razón.
Rég. Y últimamente, para cuando se me acabe la razón, me queda la puntería. Yo soy un caballero, no una cocinera. ¡Yo no me dejo ajustar cuentas!

ESCENA XI

DICHOS, la SEÑA CESAREA, izquierda

- Ces.** ¡Ya están ahí!.. ¡Ya han venido, ya han venido!
- Acis.** ¿Quién?
- Ces.** El delegao y su secretario.
- Acis.** ¿Qué dices?
- Ces.** ¡Lo que oyes!
- Acis.** ¡Mi madre!
- Rég.** ¡Animos!
- Caz.** ¡Lo ve usted!
- Ces.** Están en el Hotel Anastasia.
- Acis.** ¿Cómo lo sabes?
- Ces.** Pues por la Jesusa, que mandela a la fonda ande tiene sirviendo a su sobrina pa que se enterara, y l'han dicho que acaban de llegar

- dos forasteros. El uno mu bien vestío y más joven, y el otro ya entrac en años, pero elegante también.
- Rég. ¡Ellos son!
- Ces. A más: ha dao la coincidencia que no haría una hora que estaban en el pueblo esos dos señores cuando han llegao ocho parejas de la Guardia Civil.
- Carl. ¡La Guardia civil!
- Caz. Pues ya no hay duda.
- Ces. Y creo que el teniente ha ido en seguida a saludar a los dos forasteros.
- Carl. No diga usted más. ¡Ellos son!... ¡Codo con codo!...
- Acis. ¿Y qué señas tienen?
- Ces. Pues el delegao creo que es un señor muy delgao, y el que no es delegao también es delgao, pero no tanto. Parece que s'han metío en el cuarto, y que tratan de esquivar que la gente los vea.
- Acis. ¡Ah, traicioneros!
- Caz. ¡Quieren cogernos desprevenidos!
- Ces. Creo que de que han llegao, han pedío dos jarros de agua. Se supone que pa lavarse.
- Carl. ¡Qué raro, lavarse por la tardel!
- Ces. La Jesusa ha avertío a la Anastasia, de mi parte, que los vigilen, y allí está de guardia.
- Rég. Bien hecho. Y yo, si a ustedes les parece, voy a organizar hábilmente el espionaje, y en cuanto sepa tanto así de interés, vengo a enterarles en un vuelo.
- Acis. Bien pensao. Vaya usted a ver qué averigua.
- Rég. Hasta ahora.
- Ces. Salga usted por la puerta del callejón. (Vanse los dos izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS y MORRONES, segunda derecha.

- Mor. Señor alcalde... (Forman todos un grupo y discuten en voz baja. Don Acisclo se acerca a Morrones.)
- Acis. ¿Has hecho mi encargo?
- Mor. Sí, señor.
- Acis. ¿Traes presos, viejos y niños?
- Mor. Traigo una muestra de cáa cosa.
- Acis. ¿Pues?

- Mor. Presos no encuentro. Ni por seis pesetas quíe ir nadie a la cárcel.
- Acis. ¡Qué canallas!... ¡Con las veces que han estado de balde!
- Mor. Por fin, he convencido a dos, por nueve pesetas uno con otro, que no sé si servirán pa criminales...
- Acis. ¡A nueve pesetas la pareja! ¡Cómo se ha puesto todo!... ¡Abusones!
- Mor. De ancianos tampoco hay abundancia con esto de la gripe; pero verá usted luego lo mejor que he encontrado. Y los chicos me los está recogiendo mi mujer. Le he dicho que los pague a seis pesetas la media docena... Ya tenía nueve cuando me he venido; pero los nueve de ambos sexos, como usted quería.
- Acis. Bueno, aguarda ahora, y vosotros venir pa acá. (Los lleva aparte.) Vosotros sois mis pies y mis manos. Tú eres la astucia, tú el valor. Ya estamos solos. Semos hombres. Hay que echar el corazón por la boca. Con esos delegaos hay que hacer algo... pero algo *radical*, ¿me expreso?
- Carl. Tengo lo mío.
- Acis. ¿Qué?
- Carl. Cojo la manta y el retaco, me aposto esta noche detrás de una esquina, y... (Acción de disparar.)
- Acis. ¡Chist! Esos procedimientos son mu antiguos.
- Carl. Mu antiguos; pero de *requiescat in pace*.
- Acis. Otra cosa, otra cosa mas... (Pensando.) ¡Más de ahora!
- Carl. ¿Y meterles un perro rabioso en el cuarto e la fonda?
- Acis. Hombre, eso no me acaba a mí de disgustar; tie cierta novedá y no cae en el Código.
- Caz. No cae, pero tropieza. Abandonemos lo delictivo, señor alcalde. ¡Yo, yo tengo el único procedimiento!
- Acis. Venga.
- Caz. No nos engañemos; si esos hombres investigan de veras, vamos a la cárcel. De forma que yo, que usted, lo que hacía era sobornarlos. Esto es vulgar, pero seguro. Dinero... agasajos... obsequios... discursos... músicas, cohetes, comidas...

- Acis. Tiés razón... Es lo más prudente.
Caz. Que les convence el unto y se van... ¡vayan con Dios! A enemigo que huye... usted lo pase bien. ¡Que no se van... ahí de mi ingenio!
- Acis. ¿Qué piensas?
Caz. Es mi secreto. Pero si no se van, yo les juro a ustedes que buscaré quien les haga marcharse a uña de caballo, dejándose aquí el dinero que les haya usted dado, los obsequios y quizá la piel; y todo sin responsabilidad nuestra.
- Acis. ¿De veras?
Caz. ¡Palabral! ¡Me juego la vida! ¡Por estas! ¡Ya lo tengo medio maquinao!
- Acis. ¡Eres mu grande, Cazorla! ¡Digno de mí!
Car. ¡Qué hombre! ¡Y no tener una mala condecoración!
- Acis. Deja, que tóo se andara.

ESCENA XIII

DICHOS, DON RÉGULO, segunda derecha.

- Rég. Señores... señores.
Acis. ¿Qué pasa?
Rég. ¡El delegao que viene!
Los tres ¡Que viene!
Rég. Que viene hacia aquí. Preguntó en la fonda las señas de usted y él y su secretario se dirigen a esta casa.
- Acis. Pos hay que prepararse. Voy a arreglarme un poco. (Llamando.) Morrones.
Mor. (Del huerto.) Mande usted.
Acis. Ahí tenemos a esos tíos... aguárdalos aquí y me pasas el recaó... (Suena una campanilla.)
Rég. Ya están ahí, ya están ahí.
Acis. Tóos adentro. Que esperen.
Caz. Dinero, amabilidad, agasajos... ¡y luego!... (Gesto malicioso.)
Acis. Sé lo que hay que hacer, descuida... Adentro. (Vanse los cuatro, primera derecha.)

ESCENA IX

MORRONES, PEPE OJEDA, ALFREDO

Pepe (Asomando segunda derecha.) ¿Da vucencia su permiso?

Mor. Pasen ustés, adelante.

Alf. Felices y municipales.

Pepe ¿Tengo el honor de estrechar la diestra (Le da la mano.) del señor alcalde de este excellentísimo?...

Mor. No, señor; soy el alguacil, Ustaquio Morrones, pa servir a usté y la compañía...

Pepe ¡Hombre, morrones!...

Mor. Sí, señor.

Pepe ¡Ya decía yo que usted me parecía algo municipal! ¿En qué Ayuntamiento no hay morrones?

Mor. (Muy sonriente.) Sí, señor, sí...

Pepe Pues nosotros deseábamos entrevistarnos con el señor Alcalde de esta muy noble, muy invicta, muy leal y muy calurosa villa... ¡Porque cuidado que hace aquí calor, mi estimable y discreto alguacil!

Alf. ¡Y cuánta mosca tienen ustedes, caramba!

Mor. ¿Usted ve que hay tantas?... ¡Pues cuasi toas son nacías en el pueblo!

Pepe ¡Claro, las forasteras no tienen sitio!

Mor. Poco.

Pepe Pues si usted nos hiciera el obsequio de avisar al ser Alcalde... y decirle que deseamos...

Mor. Con muchísimo gusto. Aguarden ustés unas miajas. (Vase primera derecha después de hacer una gran reverencia.)

ESCENA XV

PEPE OJEDA, ALFREDO

Alf. ¡Ay, tío! estoy que no respiro.

Pepe ¡Por Dios, Alfredo, cálmate, que tienes una cara de asustado que va a comprometer-nos!

Alf. Es que si esto nos sale mal...

- Pepe** ¡Qué va a salirnos!
- Alf.** Estoy temblando.
- Pepe** Confía en mí. Ya no es hora de retroceder. ¡Adelante! *Audaces fortuna juvat.*
- Alf.** Sí, pero ahora que me veo aquí, tengo un pánico...
- Pepe** Además, ¿tú no me has asegurado que la chica te quiere?
- Alf.** Hombre, yo creo que sí...
- Pepe** ¿Entonces?...
- Alf.** Pero es que tengo entendido, que ese don Acisclo es una mala bestia, y en cuanto averigüe que soy un pelafustán sin dos reales, que vengo con la pretensión de casarme con su sobrina, que es muy rica, según mis referencias... ¡Yo creo que nos mete en la cárcel!...
- Pepe** ¡En la cárcel!... ¡No cabemos!... Ya te he dicho que confíes en mí. Para algo te acompaño. Conque que la chica te quiera, que si ella te quiere, tuya ha de ser, haga el tío cuanto se le antoje.
- Alf.** Es que a mí, se lo juro a usted, me molesta sobre todas las cosas la idea de que nadie pudiera imaginar que es una codicia vergonzosa la que me impulsa a esta aventura. Yo quiero a esa muchacha porque es bonita, porque es sencilla, porque es buena. Su recuerdo es una alegría de mi corazón. Nada me importa lo que tenga ni para nada pensé en su dinero, hasta el punto que lo único que me aflige y me asusta ahora es que alguien,—y aún quizá ella misma,—pudiera creer que soy un señorito tramposo que viene a explotar la candidez y el amor de una muchacha de pueblo, para salvarse con su fortuna. No, eso no, tío, jeso no lo quiero!
- Pepe** ¡Poco a poco, Alfredito!... Es que esa indignidad tampoco la apadrinaría yo. Tu limpio linaje no cede al mío en limpieza; que si la Cerda fué tu familia, la Cerda fué la mía. ¡Quieres nada más limpio! Ahora, que yo he venido aquí acompañándote, porque considero necesario subrayar tu romántico amor con una línea sutil de practicismo; porque yo entiendo que tú eres tan rico como la muchacha.

Alf. ¿Yo?
Pepe Sí, señor, tú. Porque en los tiempos que corremos todo hay que capitalizarlo. Y a la fortuna de la chica yo opongo la tuya no menos grande.

Alf. ¿Pero qué está usted diciendo?
Pepe Una realidad como un rascacielos; porque si don Acisclo administra a esa bella joven, fincas urbanas, predios rústicos y sumas en metálico, es decir una fortuna sustantiva, yo en cambio administro lo que pudiera llamarse tu fortuna estética, es decir, tu figura arrogante, tu belleza masculina...

Alf. ¡Tío!
Pepe Tu belleza masculina, que estamos solos; aunque esto te lo digo yo a ti en la plaza de toros, si se tercia. Tus atractivos personales, tu juventud, tu simpatía, tu elegancia.

Alf. ¡Pero tío!...
Pepe Elegancia. Porque no tiene nada que ver que no hayas pagado el traje. Y todas estas prendas que se manifiestan en ti, constituyendo un tesoro interno, externo y aun medio pensionista, ¿no son nada?

Alf. Por Dios, tío, ¡eso son fantasías!...
Pepe ¡Cómo fantasías! Tu fortuna es tan positiva como la de ella y más privilegiada. ¡La belleza es la gloria de los dioses! Veinticinco mil pesetas las tiene cualquiera. Una mirada dulce, horadante y revoloteadora, es privilegio de los elegidos... El bello Narciso, Paris, Ulises, tú, La Cierva, y dos o tres más... ¡De modo que estamos a ellas!

Alf. Bueno, pero si tú le dices al tío todo eso...
Pepe ¡Ah, no, eso no! No soy tan indiscreto. Al tío le diré lo que nos dijo Menéndez: Que venimos a adquirir una gran finca rústica, para la implantación de un enorme negocio de avicultura, ideado por mí, y que consiste en la cruce de loros con palomas mensajeras, con el fin de que estas puedan dar los recados de palabra.

Alf. Eso es.
Pepe Y que queremos establecer aquí grandes criaderos lorocolombófilos. Mientras, tú te pones al habla con la chica... y veremos lo que se presenta.

Alf. Bueno, es que yo pienso, que como no te-

- nemos un real, si no podemos pagar la fonda, pues dentro de dos días...
- Pepe Chist... no te importe. Todo se resolverá. El acaso no desatiende a los bien intencionados.
- Alf. ¿Y diga usted, tío, no hubiese sido mejor lo que yo me proponía? Haber solicitado una ocupación, tener trabajo y luego haber venido...
- Pepe ¡Por Dios, Alfredol... ¡Trabajar!... ¡No insistas, caramba! No me hables a mí de trabajo. Nada de propósitos antiprogresivos. Fíjate en las aspiraciones del proletariado universal. Ahí tienes los *trade unions* de Inglaterra, los *sein feiner*, los *forein besteblat*, *L'international* y todas las grandes colectividades societarias, todas las grandes masas obreras uniéndose para no hacer nada o para hacer lo menos posible... ¿Y vamos ahora nosotros—hombres cultos—a volver la cara a las corrientes modernas?... ¡de ningún modo!... ¡Trabajo, no!
- Alf. Sí, bueno, tío, pero es que si no trabajamos...
- Pepe Tú observa como a medida que la gente es más progresiva y más culta, ¡quiere trabajar menos y ganar más!... Pues bien, yo, absolutamente identificado con este noble propósito societario, pretendo ir de un salto a su absoluta consecución. Yo no trabajaré ni tanto así, hasta que se logre la triplicación de los sueldos y la supresión total del trabajo. ¡Porque si te dan mucho dinero y no te dan tiempo para gastártelo, qué haces! ¡Viene el desequilibrio anunciado por los marxianistas... y eso no! Yo no quiero la grave responsabilidad de volver la cara a los grandes ideales humanos. ¡Nada de trabajo!... De modo que...
- (Se escucha rumor de voces femeninas en el huerto.)
- Alf. ¡Calle usted, por Dios!
- Pepe ¿Pues?...
- Alf. ¡Ella... parece su voz!... (Va a mirar.) ¡Sí, es ella!... Viene, se acerca...
- Cris. (Dentro.) ¡Por aquí, venga usted por aquí!... (Entra y queda muda de estupor al ver a Alfredo.)
- ¡¡Ah!! ¡¡Alfredol!
- Alf. ¡Cristina! (La abraza apasionadamente.)

Cris ¡¡Tú!!
Alf. ¡Chist!
Eduar. (Entrando.) ¿Pero con quién hablas?
Cris. ¡¡E!!
Eduar. ¡¡Oh!!
Pepe (A Eduarda.) ¡Señora!...
Eduar. (Mirándole con fijeza y estupor que se resuelve en una tremenda exclamación de sorpresa.) ¡¡Ah!!... ¡¡Tú!!
Pepe ¡Eduarda!
Eduar. ¡¡El ordenado!!... (Quedan juntas. Ellos se separan.)

ESCENA XVI

DICHOS, DON ACISCLO, SEÑA CESAREA, DON REGULO, CAZORLA, CARLANCA y MORRONES, de la primera derecha

Acis. (Con traje de fiesta. Muy grave.) Señores...
Pepe Señor Alcalde... Perdone usted que respetuosamente me presente yo solo... José María de Ojeda... (Señalando a Alfredo.) Mi...
Acis. Mucho gusto, pero no hace falta. Sabemos quiénes son ustedes y a lo que vienen.
Pepe (Con gran sorpresa.) ¿A lo que venimos?
Alf. (Idem.) ¿Saben ustedes a lo que venimos?
Acis. Ce por be.
Pepe ¡¡Por be!! (¡Ay, Alfredo, que dice por be!)
Alf. (Nos meten en la cárcel.)
Pepe (Y nos reciben en comisión.) Entonces, si nos permitiera usted explicarnos...
Acis. Ni una palabra. Sé cómo hay que tratar ciertas cosas y en esta casa no tendríamos libertad para expresarnos...
Pepe Sin embargo, yo...
Acis. (Categórico.) De forma, que ustedes se vuelven a la fonda, descansan y esperan mi visita.
Pepe Señor Alcalde, yo, a pesar de lo que usted ordena, quisiera merecer...
Acis. Morrones... acompáñalos a la fonda; que los pongan en el salón prencipal, el mobiliario de lujo...
Alf. (¡Atizal)
Acis. Un retrato del Rey.
Pepe ¡Hasta Su Majestad!... ¡Caramba, señor Alcalde, pero tanto honor!...
Acis. ¡Café, puro y copa, después de las comidas!...
Pepe ¡Pero señor Alcalde... puro y copa!

- Acis.** ¡Y mondadientes, pero sin estrenar!... Todo por mi cuenta.
- Pepe** ¡Por su cuenta!... ¿Has oído?, ¡¡por su cuenta!
- Alf.** Bueno, pero todas esas distinciones...
- Acis.** Las que ustés se merecen. ¡Conque, a la fonda!
- Alf** Pero...
- Acis.** ¡A la fonda!
- Pepe** En fin, déjalo. El sabrá por qué lo hace... ¡A la fonda! ¡Respetuosos servidores!... (saludando.) Señora, señores, señorita, señores...
- Alf.** (Idem.) Señorita, señora, señores, señora...
- Pepe** Alguacil... (Reverencias a todos.)
- Mor.** No, yo voy con ustés...
- Pepe** ¡Ah, sí, es verdad!... ¡Mis más cordiales saludos a todos!...
- Acis.** (A Morrónes.) ¡Ah, y que les pongan plato de dulce jueves y domingos!...
- Pepe** ¡Por Dios, es demasiado!... Basta con los domingos.
- Acis.** ¡Jueves y domingos!
- Pepe** Nada, nada, ¡jueves y domingos! ¡Señor Alcalde, esa amable exageración repostera es que me diluye en gratitud!... ¡Mis más rendidas cortesías!... ¡Señora... señores... señorita... señora!...
- Alf.** (Aparte a Ojeda.) (¡Pero este tío!...)
- Pepe** (Bueno, este Alcalde lo rifas a cinco duros la papeleta y te las quitan de las manos... ¡Esto es una joya municipal!) Señores...
- Alf.** Señoras... (Vanse.)
- Acis.** (A Cristina.) Cristina... ¡ven aquí!
- Cris.** ¡Tío!
- Acis.** (La coge de la mano.) ¡Si quieres salvar a tu tío, si quieres salvar al pueblo que te ha visto nacer... enamora a ese joven!
- Cris.** (En el colmo del estupor.) ¡¡Tío!!...
- Acis.** ¡Enamora a ese joven! (Telón.)



ACTO SEGUNDO

Sala en el «Hotel Anastasia». Puerta de entrada a la izquierda. Dos a la derecha. Al fondo dos balcones que dan a la calle, con puertas vidrieras. Por ellos se ven un balcón y una ventana de la casa de enfrente. El balcón tiene un letrero que dice: «Círculo de la Amistad». Es practicable, así como la ventana.

ESCENA PRIMERA

ANASTASIA, MELITONA, EUSTAQUIO y MORRONES

Dirigidos por Anastasia, Melitona y Eustaquio cambian la sillería vieja de cretona, que adornaba la sala, por otra no menos antigua y deteriorada, pero de damasco o de algo semejante que suponga un mayor lujo; así como las cortinas que hay ante las puertas, las sustituyen por otras más lujosas. Añaden, además, los muebles, adornos y utensilios que en el diálogo se indican. Al empezar el acto, Eustaquio está subido en una escalerilla acabando de colocar una cortina en sustitución de otra. Melitona pone unas sillas y quita otras. Anastasia pasa el plumero a unos cuadros que deben ser colocados

- Mor.** ¿De móo y manera que s'ha enterao usté de tóo?
- Anas.** Que sí, hombre, que sí. Y le ices a don Acisclo que tóo s'hará y como lo que él tié mandao. Y que se tratará a esos señores mismamente como si fuán dos príncipes.
- Mor.** Sí, señora, porque lo que él me tié dicho, fué que me dijo, dice: «Pcs ándate corriendo y le dices a la señá Anastasia que a esos dos señores forasteros pues y que les ponga

- a su disposición la sala principal con todos los muebles de lujo.»
- Anas. Pos ya lo estás viendo: el espejo dorado, la cómoda e mármol y la sillería buena, que no siendo al Obispo, no dejó sentar a nadie.
- Mor. Y me añadió que les pusiese usted un retrato el Rey en la sala, la meceora menos derrenegá, endredones, alfombra p'al suelo y escupidera.
- Eust. ¡Atiza!
- Mor. Y dos toallas cá uno... ¡Cosa que no comprendo pa qué!
- Mel. Una pa cá mano será.
- Anas. Pero oye tú, Morrones... ¿pero quién serán esos dos personajes pa tanto ringorrango?
- Mor. ¡Yo no lo sé, pero va usted a sabé quién serán!
- Mel. Tú lo sabes.
- Mor. Que no, palabra.
- Anas. Y bien que lo sabes, sino que eres más secretero que un candao.
- Mor. Que no, señora, y que no lo sé, que si lo supiera lo icía.
- Eust. ¿Ni te lo figuras?
- Mor. Ni por ensoñación.
- Mel. Pos tié que ser gente mu gorda, porque pa poneles escupiera, carcúlate...
- Eust. Como que aquí no se l'ha puesto a nadie no siendo a un deputao que vino, que le gustaba echar toas las colillas en el mesmo sitio. ¡Miá que es tontería!
- Mel. (Riendo.) ¡Se ven unas cosas!...
- Mor. Yo lo único que pueo deciles a ustedes, de ustedes pa intrenós, es que pa mí esas personas son dos personas que pican muy alto, ¡pero muy alto!
- Eust. Pos si pican muy alto, yo les quitaba el retrato e Joselito.
- Anas. Eso voy a hacer, porque toreros pa personajes no me hace.
- Mel. Y digo yo, que éste tendrá que serví a la mesa con el mokin y guantes.
- Anas. Natural.
- Eust. Mokin tengo, es corto, pero es mokin. Ahora, que los guantes son de cuando hice el servicio, y a más de ser verdes, pues les faltan dos dedos, que se los corté este invierno cuando tuve sabañones. De móo, que pa mí,

que los guantes no están a la altura de esos señores.

Anas. Hombre, claro, si les faltan dos deos...

Mor. ¡Ah! Y una advertencia que me ha hecho el señó Alcalde pa ti, Melitona.

Mel. ¿Pa mí?

Mor. Que si entras a servirles a esos señores pa cualquier cosa que te llamen y te dieran un abrazo, pos que te aguanten.

Mel. ¿Y por qué me tengo que aguantar que me abracen?

Mor. ¡Pues porque es como un servicio del Estao!

Anas. Naturalmente; una cosa que te manda el monicipio, no vayas a hacer lo que haces con tóos, que largas mas guantás, que los primeros ocho días paece y que tién erisipela.

Mel. Pos a ver si una se va a dejar que la abracen.

Mor. Güeno, pero tú reflexiona que en esta ocasión te dejas dar un abrazo y es un mérito que haces p'al Ayuntamiento.

Anas. Hay cosas mu serias y esta no s'hace cargo. Cómo será de arisca, que ca vez que vienen señores formales, como jueces u canónigos, u cosa así, la tengo que bajar al entresuelo, porque, claro, en esas presonas cualquier hinchazón es más notao.

Mor. ¡La juventú y que no mira ná!... ¿De móo y manera que estamos entendíos?

Anas. Dile al señó Alcalde que s'hará tóo a su satisfación.

Mor. Pos tanto gusto y d'aquí a otro ratejo.

Anas. Adiós, Morrones, y que te vaya bien.

Mor. (A Melitona.) Y ya lo sabes, si t'hacen así... (La abraza.) u así... (La da un pechugón.)

Mel. (Dándole una bofetada.) ¿Que no haga así?

Mor. (Tanteándose las muelas a ver si se le mueven.) Justo.

Mel. Descuida. (Vase Morrones izquierda.)

ESCENA II

ANASTASIA, MELITONA y EUSTAQUIO

Eust. (Extendiendo una alfombra.) ¡Pero, madre mía!... ¿Quién serán esos dos presonajes?... ¡Yo estoy local!...

- Anas. ¡Pa mandá el señó Alcalde lo que ha mandao, y por su cuenta, carcúlate! ¡Ahora que yo no me queo con las ganas de sabelo.
- Mel. Ni yo. Tenemos que hacer lo que haiga que hacer pa averigualo.
- Eust. Y malo será que entrambas...
- Anas. A más que yo tengo un estinto que de que allega uno, a la media hora ya sé si es melitar u comisionista u empleao.
- Mel. ¿Y en qué lo conoce usté?
- Anas. Pos unas veces en que me lo icen ellos, y otras en que se lo pregunto yo.
- Eust. Perespicias que hay.
- Anas. Pero con estos m'ha fallao. Callarse, que me paece que ya los oigo.
- Mel. (Va a la puerta y mira.) Sí, ellos son.
- Anas. Mucho cumplimiento, ¿eh?

ESCENA III

DICHOS, PEPE OJEDA y ALFREDO, por izquierda

- Pepe }
 Alf. } (Pequeño saludo.) ¡Señora!
- Anas. ¡Excelentísimos señores! (Exagerada reverencia en la que le acompañan Eustaquio y Melitona.)
- Pepe Ya nos han dicho abajo que hemos sido trasladados de cuarto, ¿es cierto?
- Anas. Por orden del señó Alcalde, sí, señor, excelentísimo señor. (Reverencia de los tres.)
- Pepe (Bueno, las reverencias son como para capitán general con mando en plaza.)
- Alf. (Sigue mi perplejidad.)
- Anas. El señó Ayuntamiento ha ordenao que se les pusiá a los excelentísimos señores en la sala prencipal, como corresponde al rango de presonas tan prencipales. (Reverencia de los tres.)
- Eust. ¡Excelentísimos señores!
- Pepe (Por Eustaquio.) (Ese animal se va a dejar las narices en el suelo.)
- Alf. ¿De modo que podremos estar aquí los dos?
- Anas. Sí, señor; aquí tenemos dos alcobas mu aparentes pa los señores. (Reverencia.)
- Eust. Una pa cáa uno. (Reverencia.)
- Pepe Admirable.
- Anas. Y la sala, como ven los excelentísimos señores

res, tiene dos balcones, que son esos... quedan a la calle, pa cuando se quián asomar.

Eust.

La calle está abajo. (Reverencia.)

Anas.

Y enfrentito tién los señores el Casino.

Pepe

Verdaderamente panorámico.

Alf.

«Círculo de la Amistad»... Muy bien.

Eust.

Sí, señor. Pero aquí en el pueblo le llaman *La escorpionera*.

Pepe

De un delicado humorismo.

Alf.

¿Y nuestro equipaje?

Mel.

Ya lo tiene el excelentísimo señorito en su cuarto. (Se lo indica.)

Alf.

¡Ah, pues con permiso!... (Entra en el primero.)

Eust.

Y vosotros ya sus podéis retirar si no sus manda náa el excelentísimo señor.

Pepe

Nada, nada... muchas gracias.

Eust.

Servidor. (Reverencia.)

Mel.

Servidora. (Otra reverencia.)

Pepe

Por Dios, criatura, que te vas a caer.

Mel.

No le hace.

Pepe

(¡Vaya una postall! ¡Qué colores!) Eres una tricomía.

Mel.

¿Qué dice el señor?

Pepe

¡Qué tricomía!

Mel.

¡Ay, qué señor, que micomía! (Vase izquierda.)

ESCENA IV

ANASTASIA y PEPE OJEDA

Anas.

(Que queda recogiendo plumeros y paños de limpieza.)
¿Y qué, le gusta al excelentísimo señor cómo ha quedao la sala?

Pepe

Señora, el salón de Gasparini es la garita de un centinela comparado con esto. ¡Verdaderamente suntuoso! (Aparte.) Si yo pudiera sacarle a esta señora por qué nos agasajan de esta forma.

Anas.

(¡Cómo le sacaría yo quién es!)

Pepe

Ahora, que lo que yo deploro vivísimamente es haber venido a producir a ustedes esta molestia suntuaria, este trasiego ornamental...

Anas.

No, señor; no faltaría otra cosa. Muchísimo gusto. Lo que ustés se merecen y náa más.

Pepe

¡Oh!, no diga usted eso; tanto agasajo nosotros, dos personas tan...

- Anas.** Y una lo que siente es no haber sabío antes lo que eran ustés.
- Pepe** ¡Oh, eso, no; por Dios! ¿Pero qué es lo que somos nosotros, diga usted?... ¡Haga usted el favor de decírmelo. ¿Qué somos nosotros?...
- Anas.** ¡Toma, pues menúol... digo... ¡¡nada!! ¡Una friolera!... ¿Y por qué no han querido ustés decirlo al llegar?
- Pepe** Pues no lo hemos querido decir porque... francamente... porque no lo sabíamos que aquí se nos estimase de manera tan halagüeña.
- Anas.** Aquí crea el señor que aunque esto es un humilde pueblo, se sabe tratar a las presonas de categoría, como son los excelentísimos señores. (Voy a ver si son melitares.) ¿Y ustés de qué son?
- Pepe** (Palpándose con asombro.) ¿Cómo que de qué somos?... (¿Nos habrán tomado por dos Sajonias?)
- Anas.** Sí; ¿que de qué son?
- Pepe** Pues somos de arcilla mortal y percedera, señora.
- Anas.** ¡Sí, sí, arcilla!... ¡Que me lo va usted a hacer de creer! ¡Usted es una presona mu gorda!
- Pepe** ¿Yo?
- Anas.** ¡Pero mu gorda!
- Pepe** Cincuenta y ocho kilos cuatrocientos gramos, señora. Ya ve usted que la cosa no...
- Anas.** Sí, sí; ya, ya... (No se lo saco, es muy ladino.) Pos náa, cualisquier cosa que les ocurra a los señores no tié el señor más que poner el deo ahí (Indicando el botón de un timbre.) y apretar pa dentro y aluego dar dos palmás por si no suena, que casi nunca suena, y en seguía venimos, cuando lo oímos.
- Pepe** Sí, señora; muchas gracias.
- Anas.** Y del reló tampoco hagan caso los señores; y de que sienta el señor que dan las once me lo viene usted a icir, que yo le diré la hora que es. Que este reló no lo entiende más que una servidora.
- Pepe** Descuide usted, que por nosotros puede apuntar lo que quiera.
- Anas.** Ah, y en la meceora siéntese usted con cuidado, que renguea del lao derecho; que vino un ministro una vez y esos ministros se co-

lumpian de una forma que tóo lo esgualdrámillan.

Pepe Sí, señora; que se dan mucho aire.

Anas. Conque a la excelentísima disposición de usted, y ustedes desimulen, porque si sé yo lo que son ustedes, a cualquier hora les pongo esta mañana como les he puesto en el almuerzo atún en escabeche; ¡m'ha dao una rabia!... (Vase izquierda haciendo reverencias.)

Pepe Bueno, yo confieso que desde que he llegado a casa del Alcalde, la perplejidad está a punto de sumirme en la idiotez. Yo no me explico lo que nos sucede. Yo no entiendo por quién nos toman o con quién nos confunden... porque yo tengo cierto parecido con Lloyd George, pero caramba, a la legua se conoce que no hablo en inglés.

ESCENA V

PEPE OJEDA y ALFREDO, primera derecha

Alf. ¡Bueno, tío, tenemos unas alcobas que estupefaccionan!... ¡Qué camas!... ¡Cinco mantas en cada una!

Pepe ¡Caracoles!... ¡Cinco mantas!... Oye, ¿no será una ironía alusiva a la frescura de que nos consideran poseídos?

Alf. Hombre, no lo creo. ¿Y usted ha sacado algo en limpio de esa señora...?

Pepe Absolutamente nada. Sigo agitándome en el caos, Alfredo. He tratado de sonsacarla con cierta habilidad y lo único que me ha dicho de un modo concreto es que si ella sabe quiénes somos, esta mañana no nos da escabeche. De lo que he deducido que nos suponen dos personas a las que no se las puede escabechar, y esto ya es un buen síntoma.

Alf. Pues yo le declaro a usted, tío, que me encuentro sumido en la confusión más absoluta. Cada hora que pasa es mayor mi sorpresa. Cuando creíamos que nos iban a recibir de un modo hostil y agresivo, nos colman de atenciones, nos anegan en lujo.

Pepe Nos recomiendan para una mesa luculesca y nos lo sufragan todo, que es lo verdaderamente inaudito.

- Alf.** Bueno, ¿y usted a qué atribuye esto?
- Pepe** Pues yo atribuyo esto a dos cosas: o a enajenación mental complicada con delirio despilfarrante por parte de don Aciselo, o a que ese tío se ha enterado de tus pretensiones y se trae la táctica de colmarnos de agasajos e ir de obsequio en obsequio hasta favorecernos con dos billetes de vuelta para la Corte con el fin de que nos restituyamos con una celeridad cicloniana a la calle de Argumosa, 45, abandonando tus pretensiones a la mano de su opulenta sobrina.
- Alf.** Tiene usted razón, es muy posible que sea eso.
- Pepe** Es casi seguro. ¡Como esta gente es tan péfida!...
- Alf.** ¡Ah, pues sería vano su propósito!... ¡Renunciar yo a Cristinal... ¡Jamás! ¿Ha visto usted qué encanto de criatura, tío?
- Pepe** Eso no es criatura; eso es meter la mano en el saco de una tómbola y que te toque la Venus de Milo. ¡Qué suerte tienes!
- Alf.** Bueno, y esa señora que estaba con ella y que ha dado un grito gutural al verle a usted... ¿Quién es?... Porque también eso me ha sorprendido.
- Pepe** ¿Que quién es?... ¡Calla, hombre, que no he caído al suelo al verla porque no había alfombra, que si no pierdo el conocimiento!
- Alf.** ¿Pero la conoce usted?
- Pepe** ¡Una ex-víctima! De esto hará ya cinco lustros... Yo habitaba en la calle de los Tres Peces; ella era mi vecina. Un día se asomó a la ventana, hice así, (Un revuelo de ojos.) la incendié y aún le queda rescoldo, estoy seguro.
- Alf.** ¿Y esa señora es casada?
- Pepe** Lo ignoro, pero de todas formas puede sernos de gran utilidad en el desenvolvimiento de los sucesos que nos aguardan.
- Alf.** Sobre todo por ser amiga de Cristina.
- Pepe** En fin, pronto saldremos de dudas. El alcalde nos ha anunciado su inmediata visita. Esperemos.
- Alf.** Sí, esperemos. (Pasea. Dan las tres en el reloj.) Las tres.
- Pepe** No... no hagas caso del reloj hasta que se lo consultemos a la dueña del hotel, (Deteniéndose-

1e.) ni te sientes en la mecedora hasta que ella te diga cómo tienes que columpiarte.

Alf. ¡Es curioso!

Pepe Ya me ha dicho que me dará un cuaderno con instrucciones para usar el mobiliario sin peligro.

Alf. Verdaderamente en estos tristes pueblos españoles todo es extraño, temeroso, desconcertante...

Pepe Porque todo es viejo, solapado, sin sentido renovador... Muebles y personas... ¡Todo tiene un misterio, un secreto, una mácula!...

Alf. Cierto; sí, señor; ciertísimo; tan cierto, que yo que deseo ardientemente la visita de don Acisclo, al mismo tiempo, temo, no sé por qué, que el enigma se aclare. (Dan golpes como llamando en la puerta izquierda.)

Pepe Calla. (Alto.) ¿Quién?

ESCENA VI

DICHOS, EUSTAQUIO y MELITONA

Eust. ¿Dan los excelentísimos señores su premiso?
Pepe Adelante quien sea. (Entran Eustaquio con cuatro pollos, unas largas ristras de chorizos y dos jamones, y Melitona con otros dos jamones, dos barriles de aceitunas, una orza de arrope y tres o cuatro quesos.)

Eust. Pasa, Melitona. (Entran los dos.) Pos los señores dirán aónde y cómo quieren que dejemos tóo esto.

Alf. ¿Cómo todo eso?

Pepe ¿Pero qué es eso?

Eust. Pos cuatro pollos, seis ristras de unas longanizas que aquí las llamamos fritangueras, cuatro jamones, aceitunas, arrope y además...

Alf. Bueno, ¿pero todo eso?...

Mel. Tóo esto es un regalo pa los excelentísimos señores.

Pepe ¿Un regalo para nosotros?...

Eust. Sí, señor; tóo esto lo han traído el tío Mangola y el señó Aniceto con una carta, aquí presente... (La saca de la faja y se la da.)

Pepe ¡Qué rarol... Veamos... (Lee.) «Excelentísimo señor don José María de Ojeda. Al saber por Nemesio Ullares, alias Carlanca, la lle-

gada de vuecencia, dos humildes y fieles servidores le quién sinificar con este pobre obsequio, su gran respeto y simpatía. Semos contratistas del mercao. Servidores de usté pa tóo lo que sea menester en cuerpo y alma. Que se lo coman con salú y a mandar a estos sus humildes servidores, Calisto Mangola, Aniceto Barranco. Las longanizas son de confianza.» Bueno, pero este señor Mangola...

Alf. ¿Pero este Mangola, por qué se ha molestado?

Mel. No podemos decirle al excelentísimo señorito.

Eust. ¿Lo dejamos aquí?

Pepe No, la volatería dejarla en el corral, que ya dispondremos. Lo demás amontonarlo en esta mesa.

Eust. (Enseñándole los pollos.) ¡Son mu majos!

Pepe Sí, son unos pollos que harían buen papel hasta en el Ritz; regordetes y tomateros. (Lo deja todo amontonado y se llevan los pollos.)

Mel. Con premiso. (Se van izquierda.)

ESCENA VII

ALFREDO, PEPE, luego ANASTASIA

Alf. (En el colmo de la estupefacción.) Bueno, tío; pero ¿qué es esto?

Pepe ¡Pues esto es Mangola, ya lo ves!

Alf. ¡Yo estoy atónito, absortol... ¿Pero usted comprende?...

Pepe ¡Yo que voy a comprender, hombre!... Este kilómetro de longaniza acaba de enrarecer las tinieblas de mi espíritu! Porque yo, últimamente, me explico lo de instalarnos con comodidad, me explico el tratamiento, el postre de cocina; pero que venga Mangola y nos ponga una tienda de ultramarinos, eso no me lo explico yo... ¡Ni se lo explica Aristóteles!

Alf. ¡Porque, vamos, aquí en este pueblo, es que cree usted que le van a pegar un tiro y le ponen un estanco!

Pepe ¡Ni más ni menos!... Y que no cabe duda que esto no es confusión, aquí lo tienes bien

claro. (Lee el sobre de la carta.) «Señor don José María de Ojeda». ¡Esto es un cuento de hadas!

Alf. Esto es una paliza que nos esnucan en cuanto caigan de su burro.

Pepe *De sus burros.* Si te refieres a nosotros no singularices, que no me gusta quedarme solo.

Anas. (Izquierda.) ¿Dan ustés su premiso?

Pepe Adelante, señora Anastasia.

Anas. Acaba de llegá el señor secretario que viene a hacerles a ustés una vesita; que si le puén ustés recibir... Aquí m'ha dao la trajeta.

Pepe (La coge y lee,) «Justino Cazorla, Secretario del Ayuntamiento. Animas Benditas, 18, bajo.»

Alf. ¿Pero viene sólo?

Anas. Sí, señor, sólo.

Pepe ¿No viene el señor alcalde?

Anas. No, señor; viene don Justino náa más. Eso sí, de tóo lujo. Ya verán ustés elegancia.

Pepe Pues que pase. (Vase Anastasia.)

Alf. ¿Lo ve usted, tío?... lo que sospechábamos. El alcalde no se atreve a afrontar cara a cara la cuestión, y nos envía a éste para que nos eche.

Pepe Es muy posible. Estemos sobre aviso. Prudencia y precaución. Llévate las longanizas. Me hace poco serio.

Alf. Las meteré aquí. (Entra primera derecha.)

ESCENA VIII

PEPE OJEDA, CAZORLA. Luego ALFREDO

Caz. (Desde la puerta.) Felices y augurales. ¿Da usted su aquiescencia penetrativa?

Pepe (¡Caray, qué léxico!) (Alto.) Sí, señor, pase usted, adelante.

Caz. Discúlpeme, señor mío, si en una forma poco rectilínea y cediendo a presiones jerárquicas, me permito intercalar en sus familiares sosiegos la inoportunidad de una intromisión exorática.

Pepe (Alto.) Alfredo, sal, que ha venido un pariente de Sánchez de Toca.

(Alfredo sale y le hace una reverencia.)

- Caz.** No, perdone usted, señor Ojeda, no me une ningún lazo consanguíneo con el susodicho primate, aunque por honra preclara yo tendríalo.
- Pepe** No, yo lo decía porque verdaderamente, señor Cazorla, se expresa usted con una corrección tan académica como desusada en estos pequeños pueblos donde precisa un lenguaje vulgar para la recíproca comprensión.
- Caz.** Exacto de toda evidencia; pero es que servidor dispone en su riqueza idiomática, de lo que pudiéramos llamar dos léxicos o lenguajes. Lengua de diario o trapillo para conversar con el elemento trashumante y analfabeto de la localidad, y lenguaje de lujo para ocasiones como la presente en que he de dirigir mi verbo sonoro y preciosista a personalidades relevantes que pueden gustar las exquisiteces filológicas de las más selectas locuciones.
- Pepe** Vamos, un lenguaje de blusa y otro de chaquet, digámoslo así.
- Caz.** Exacto.
- Alf.** Es originalísimo.
- Caz.** En el primero uso las frases más corrientes, como mecachis, caramba, ¡un cuerno! ¡Que te crees tú esol... y similares; y en el segundo intercalo los bonitos vocablos, estulticia, exégesis, arcaico, cariátide y miasmas, jugándolo todo ello con un sentido de agilidad y aristocratismo, que me envidiaba acerbamente el señor Azorín.
- Alf.** Muy bien. Bueno, pero a nosotros hablenos usted con toda sencillez, Cazorla.
- Pepe** A nosotros nos habla usted en mangas de camisa...
- Caz.** ¡Señor!...
- Pepe** Literariamente, claro está.
- Alf.** (Ofreciéndole un cigarro.) ¿Usted fuma?
- Caz.** Estoy incurso en el consuntivo y depauperante vicio, sí señor. (Toma el cigarro.)
- Pepe** Pues avance sin temor y obligérese romboideamente en ese adminículo arrellanatorio. (Señalándole una silla.) (A mí no me achicas tú.)
- Alf.** (Quitándole el sombrero, al ver que se hace un lío entre los guantes, el sombrero, el bastón y el cigarro.)

Y si no se opone dejaremos aquí su exorcización craneana y bursalinesca. (Lo deja en una silla.)

Caz. Gracitutes mil. (Se sientan.)

Pepe (Al ver que Cazorla trata en vano de encender un encendedor.) Parece que la torcida está infulminable.

Caz. (Algo contrariado.) No, sabe usted, que en casa, cuando se acaba la bencina le echan Anís del Mono y casi nunca prende. Pero con paciencia... (sigue disparando.)

Pepe Bueno, ¿y qué trae el señor Cazorla por este su cuarto hotelero?

Caz. Pues servidor, viene, ante todo, en nombre del Consistorio que indignamente secretaríe a ofrendarles los más férvidos testimonios admirativos y las más respetuosas sumisiones. (sigue disparando.)

Pepe Pues trasfusióneles usted nuestros más rendidos, ¡qué digo rendidos!.. nuestros más derrengados testimonios de inenarrable gratitud, aunque no nos expliquemos la corte-sía concejalesca.

Alf. Tome una cerilla. (se la ofrece.)

Caz. No, si es cuestión de amor propio. En cuanto vienen personas de Madrid me pone en ridículo; pero a mí delante de forasteros, no... (sigue disparando.)

Pepe Pero no se moleste, si con una cerilla...

Caz. No es molestia, es perseverancia. Item más, vengo también a adquirir *de visu* la seguridad de que su apcsentamiento corresponde a cuanto se debe a su jerarquía, y el Municipio tiene decretado.

Alf. Ah, en eso esté usted absolutamente tranquilíneo.

Pepe Las satisfacciones hospederiles y los aditamentos alimenticios, sobrepasan a lo que pudo fantasear nuestra, más exaltada apctencia.

Caz. (Que sigue disparando.) Celébrolo, e *ipso facto*...

Alf. ¿Pero por qué no quiere usted aceptar? (ofreciéndole su cigarro para que encienda.)

Caz. No, perdone usted, es cuestión personal. Veremos quién puede más. (sigue disparando.)

Pepe Convénzase usted que lo de hoy es mono.

Caz. ¡Qué sé yol... Pues como les iba diciendo, satisfechas mis dos encomendadas averigua-

ciones, deseo... y voy con esto a internarme en un campo absolutamente confidencial... (Acercan los tres las sillas sin levantarse para estar más juntos.) deseo decirles en nombre del señor Alcalde, que le disculpen esta primera visita que me encomienda a mí, compenetrado de la dificultad de los primeros *pour parlers*, dada la enojosa cuestión que les trae a esta villa.

Alf. ¡Hombre, eso de enojosa!...

(Todos otro avance con las sillas.)

Pepe Bueno, pero dígame usted, señor Cazorla, vamos a ver. ¿Ustedes saben a lo que venimos nosotros aquí?...

Caz. (Mira a todos lados. Otro avance con las sillas.) Lo sabemos exactamente, sí señor... lo sabemos todo, pero todo.

Alf. Entonces, ¿el señor Alcalde?...

Caz. Pues el señor Alcalde, encantado de su presencia en el pueblo vendrá dentro de breves instantes al frente de una comisión del Casino, que está organizando el homenaje con que pretendemos festejar a ustedes.

Pepe ¿Festejarnos a nosotros?... Pero...

Caz. (Otro avance.) Pero antes, señor Ojeda, me ha encomendado don Acisclo, una delicada misión.

Alf. ¿Delicada?... ¿A ver si ahora?...

Caz. (Un poco azorado.) Facilítenmela ustedes, ahorrándome para cumplirla, sutiles disculpas, y enojosos alegatos. (Se levanta y saca un sobre del bolsillo del pecho.) Internado en este envoltorio encontrarán algo que es súplica y ofrenda. Cuando yo me ausente rasguen, extraigan y mediten. (Se lo da.) Nada más.

Pepe ¿Pero de qué se trata?

Alf. ¿Qué es?

Caz. Me reitero en cordial servidumbre. (Coge todos sus chismes apresuradamente e indica el mutis.)

Pepe Pero...

Caz. Suyísimo. (Vase izquierda.)

Pepe ¡Pero esta cartal...

Alf. ¡Qué hombre más estrafalario!

Caz. (Entra de nuevo radiante de satisfacción con el encendedor encendido.) ¡¡¡Por fin!!!

Los dos ¡Enhorabuena!

Caz. ¡No era mono!... (Vase.)

Alf. Bueno; ¿y qué contendrá este sobre?

- Pepe Esto es una carta diciendo que nos larguemos.
- Alf. Abra usted a ver.
- Pepe (Rasga el sobre y mira.) ¡Alfredo!
- Alf. ¡¡Tío!
- Pepe ¡Cógeme, que me derrumbo!
- Alf. ¿Pero qué es?
- Pepe (Sacando dos billetes.) ¡¡Dos mil pesetas!
- Alf. ¡¡Dos mil pesetas!
- Pepe Bueno; la voráGINE espantosa de la duda, acaba de sorberme.
- Alf. ¡Yo ya no sé qué es esto!
- Pepe Pues dos mil pesetas, ¿no te lo digo?
- Alf. ¿Pero a qué vienen esas dos mil pesetas?
- Pepe Hombre, dos mil pesetas vienen siempre a una cosa agradabilísima.
- Alf. Supongo que no tendrá usted la pretensión de quedarse con ellas.
- Pepe Te diré...
- Alf. ¿Cómo te diré?... hay que arrojárselas a la cara inmediatamente.
- Pepe No; groserías, no.
- Alf. ¿Por qué, por qué nos las dan?
- Pepe Hombre, yo lo ignoro, pero recuerdo lo que decía Thales de Mileto: «Si te piden una peseta, pregunta por qué te la piden. Si te la dan, no preguntes por qué». El que te la da, es el encargado de saberlo.
- Alf. Argucias.
- Pepe Filosofías. A mí me puedes quitar la razón; a Thales de Mileto, no. (Se las guarda.)
- Alf. Pero no comprende usted...
- Pepe (Sorprendido.) Calla, que todavía hay algo dentro del sobre... (Rebusca.) Sí, una tarjeta. (La lee.) «Desistan de lo que les trae y no serán las últimas. Acisclo Arrambla Pael».
- Alf. ¿Lo ve usted?... ¿Lo está usted viendo?... *Desistan de lo que les trae.* Es decir, que ese inmundo sujeto nos adula, nos agasaja, nos colma de honores y nos da ¡hasta dinero!... ¡para que yo, cobardemente, me vaya del pueblo renunciando a su sobrina! ¡Cree, sin duda, ese miserable, que es un repugnante egoísmo lo que nos trae aquí!... ¡Pues no, no me voy; no me iré ni con dádivas, ni con halagos, ni con millones!... ¡No, no y no!
- Pepe ¡Hombre, Alfredito, no te exaltes!

Alf. En cambio, estoy seguro que Cristina, la pobre Cristina, está a estas horas encerrada en su habitación como en una mazmorra, para que yo no la hable, para que yo no la vea. Para que yo...

ESCENA IX

DICHOS. CRISTINA, DOÑA EDUARDA izquierda

Cris. (Asomándose puerta izquierda.) ¡Alfredo!
Alf. ¡¡Cristina!... ¡¡Tú!!!
Cris. (Corriendo a él.) ¡Por fin a tu lado! ¡Me parecía imposible!
Alf. ¡Pero tú!... ¡Tú aquí, Cristina mía! (Se cogen las manos efusivamente y hablan aparte con apasionada vehemencia.)
Eduar. (Aparece en la puerta con digna severidad y saluda a Ojeda con una inclinación ceremoniosa.) Caballero...
Pepe (Yendo a ella con impulso cordial.) ¡Eduarda!...
Eduar. (Deteniéndole con un gesto altivo.) Yo le llamo a usted caballero porque no sé cómo llamarle.
Pepe (Resignado ante la ironía.) Eduarda...
Eduar. Todavía ignoro su verdadero patronímico... Exuperio... Rigoberto...
Pepe José María.
Eduar. (Dudando.) ¡Bah!
Pepe ¡José María, por éstas! (Jurando.) Eduarda, no me guarde usted rencor. Han pasado cinco lustros. El tiempo todo lo purifica. Yo comprendo que para usted fui un calavera.
Eduar. ¿Cómo un calavera? ¡Un osario!
Alf. (Trayendo de la mano a Cristina.) Pero, a todo esto, ven que te presente. Mi tío.
Pepe ¡Señorita, encantadísimo de usted! (Presentando Alfredo a Eduarda.) Mi sobrino.
Eduar. (Le da las puntas de los dedos.) ¡Amable joven!
Cris. ¿De modo que viniste sólo por mí?
Alf. A cumplirte mi palabra, ¿no es verdad, tío?
Pepe Exactamente; y garantiza la seriedad de semejante propósito, el que nuestro primer paso en este pueblo, ha sido ir a visitar a su pariente y tutor.
Alf. Y de tí estábamos hablando precisamente

cuando llegásteis, y con cierta inquietud, te lo aseguro.

Cris. Con inquietud, ¿por qué?

Alf. Pues porque, francamente, tu tío nos ha recibido con tan exagerada amabilidad y con tales muestras de esplendidez... que sospechamos, no sin cierto fundamento, que lo que pretende es que yo desista, por las buenas, de tu cariño y me vaya de aquí,

Cris. ¿Pero qué estás diciendo? ¡Todo lo contrario!

Alf. ¡Cómo todo lo contrario!

Cris. ¡Que mi tío está encantadísimo con que nos queramos!

Pepe ¡Pero es posible!

Eduar. Como que vinimos aquí porque él nos mandó, con la excusa de que vigiláramos los detalles del alojamiento.

Alf. (Asombrado a Ojeda.) ¿Pero es posible?... ¿Pero ha oído usted cosa igual?

Cris. Verás. Cuando llegásteis a casa, nosotras oíamos absortas los encargos que hacía a Morrones para que fuéseris espléndidamente tratados. Os despidió sin escucharos siquiera, y de pronto, cuando os alejábais, me coge de la mano, me atrae hacia sí, y señalándote me dice conmovido: ¡Cristina, si me quieres, enamora a ese joven!

Alf. ¡Canastos!

Pepe ¡Señorita!

Alf. ¿Pero dijo eso?

Eduar. Como si lo hubieran ustedes oído. La suplicó que le amase a usted; yo fui *testiga*.

Alf. ¡Ay, tío, pero suplicarle él mismo que!...

Pepe Bueno, el cuentecito ese de Pinocho en el Japón, es un precepto evangélico comparado con lo que nos está pasando en esta localidad. Honores, dádivas, regalos en especie, donativos en metálico, y encima ¡mandarle a uno la novia!... Bueno; o este pueblo pertenece al partido judicial de Jauja, o yo no lo entiendo.

Alf. (A Cristina.) ¿Pero tú no sospechas a qué puede obedecer todo esto?

Cris. No lo sé, Alfredo, no lo sé. Yo sólo pienso en este instante, que te quiero con locura, que estoy a tu lado y que soy la más feliz de las mujeres.

- Alf.** ¡Cristina mía! (Quedan hablando aparte en voz baja.)
- Pepe** (Se acerca melancólicamente a Eduarda que se ha sentado lejos en una silla.) ¡Eduardal... La mano inexcrutable del destino nos acerca de nuevo. (Señala a los muchachos.) He aquí el pasado que reverdece. ¿No lo envidias?
- Eduar.** ¡No me tutees, que soy casada!
- Pepe** ¡Casada tú!... ¡¡Oh!!... ¿Tú casada?
- Eduar.** ¿Lo sientes?
- Pepe** Lo siento por tu marido... porque...
- Eduar.** ¡Pepe!... Bueno, ¿te llamas Pepe, definitivamente?
- Pepe** Pepísimo.
- Eduar.** ¿No hago el ridículo?
- Pepe** ¡Lo de Pepe, machacao!
- Eduar.** Pues bien, Pepe, tú tienes la culpa si me encuentras vinculada a otro hombre. Me abandonaste.
- Pepe** Ya te he dicho que aquello fué una calaverada.
- Eduar.** Pero, ¡ah! una calaverada que me produjo trastornos mentales horribles... Estuve dos años medio loca... Como me hiciste creer que te llamabas Piñones, que eras seminarista y capitán, todo a un tiempo, pues yo, en mi desvarío, aborrecí el cascajo y no hacía más que decir *dominus vobiscum* y saludar militarmente. ¡Con lo que yo te amaba!... ¡Abandonarme!
- Pepe** ¡Si vieras cuánto te he recordado!...
- Eduar.** ¿Es de veras, Pepe?
- Pepe** Como me llamo Rigober... Caramba, perdona, que... que me sentía trasportado a aquellas locuras de cinco lustros ha.
- Eduar.** ¡Ah!... ¡Cinco lustros transcurridos! Y dime, Pepe, ¿cómo me encuentras?
- Pepe** Mejor que antes, Eduarda.
- Eduar.** (Alegre.) ¿De veras?
- Pepe** Tú eres como el oro; el tiempo te avalora y te embellece.
- Eduar.** ¡Oh, qué galantería tan metalúrgica! ¡Pero, ah!... Estoy olvidando... Bueno, caballero...
- Pepe** ¡Por Dios, Eduarda, no vuelvas a la seriedad! ¡Quiero ver en tus labios aquel ritis de alegría que tanto me gustaba!
- Eduar.** ¡Ah, mi ritis, mi ritis!... Esfumose en el

dolor y en el tiempo. (Va a caer sentada en una silla.)

Pepe (Deteniéndola.) ¡No, ahí no te sientes que hay manteca! (Se sientan en otro lado y siguen hablando.)

Alf. (Alto, a Cristina.) ¿Pero es de veras que dudabas que yo volviese?

Cris Sí, Alfredo, sí, no quiero engañarte, lo dudaba. Cuando se ama mucho, mucho, mucho, todo es duda... El tiesto de mis margaritas siempre ha estado sin flores. ¡A quién iba yo a preguntar si volverías!

Alf. ¿Y qué te contestaban, vamos a ver?

Cris. Pues, como las flores son buenas, cuando una me decía que no, otra, al verme llorar, me consolaba diciéndome que sí, que vendrías... que te esperase.

Alf. Pues ya ves como las que negaron mintieron.

Cris. Pero mira, yo en cambio a mi corazón a todas horas le decía lo mismo. Si vuelve será mi amor de siempre; si no vuelve, mi recuerdo de toda la vida.

Alf. ¿Pero por qué dudabas?

Cris. ¡Qué sé yo!... Creí que nunca podría interesarte una pobre señorita de pueblo.

Alf. ¿Y por qué no?... ¡Una señorita de pueblo!... Precisamente por eso me interesaste más.

Cris. ¡Amabilidad!

Alf. No lo creas. La señorita de pueblo siempre me ha inspirado a mí una profunda, una viva simpatía.

Cris. ¿De veras?

Alf. Cuando en mis viajes he visto, paseando por los andenes de las pequeñas estaciones, esos grupos de muchachas cogidas del brazo, me ha parecido siempre adivinar en la mirada de sus ojos dulces el cansancio de la vida monótona, y en su triste sonrisa, el anhelo de una existencia mejor. ¡Con qué resignada melancolía miraban alejarse el tren!... A mí, te digo que me daban ganas de cogerlas a todas en un puñado y llevarlas a otro mundo y a otra vida que valiera la pena de vivirse, fuera de aquel estrecho ambiente pueblerino, egoísta y brutal, que sólo ellas encantaban con el hechizo de su juventud.

Cris. ¿Pero llevártelas a todas?... ¡Con que te lleves una!...

- Alf.** ¡Sí, pero una que vale por todas!... Una, que quizá no esté ducha en las artes de una vida refinada, en los encantos de una gentil desenvoltura, como las señoritas de grandes ciudades, pero cuyo aspecto de simpática cortedad, me dice a mí—no sé por qué—que posee un alma blanda, de matiz suave... ¡Alma propicia a un amor largo, leal y profundo!... ¿Me engañé?
- Cris.** ¿Qué has de engañarte?... Ahora, que yo, así muchas cosas bonitas, como tú no sabré decir; pero sentir las, sí; sentir las, las sentiré todas... todas las que hagan falta para quererte una vida entera!
- Alf.** ¡Cristina!
- Cris.** ¡Alfredo!
- Pepe** ¡Eduarda!
- Eduar.** ¡Pepe! (Hablan y ríen.)

ESCENA X

DICHOS, DON RÉGULO y CAZORLA (en el balcón del Casino)

- Caz.** (Asomándose recatadamente por las persianas entreabiertas.) ¡Mire usted, don Régulo, mire usted los hombres que nos manda el Gobierno para moralizarnos!
- Rég.** (Asomándose.) ¡Porra! ¡Mi mujer bromeando con él.
- Caz.** ¡Silencio! Seguiremos observando. (Retira a don Régulo.) La víbora ha picado. El veneno hará lo suyo. ¡Sois míos! (Cierra después de lanzar una mirada mefistofélica. Se escuchan en la calle los sonos de una charanga lejana que va acercándose poco a poco y el alegre griterío de la multitud.)

ESCENA XI

DICHOS, ANASTASIA, MELITONA, EUSTAQUIO y MORRONES
por la izquierda

- Cris.** ¡Música!... ¿Oyen ustedes?
- Alf.** ¿Pero qué música es esa?
- Pepe** ¿Qué ocurrirá?
- Eduar.** (Que se asoma al balcón.) Es la charanga del tío Maillo.

- Pepe** ¿Pero es que hay fiesta en el pueblo?
Cris. ¡No, qué ha de haber! Por eso me choca.
Eduar. Y vienen hacia aquí... y les sigue la gente.
Cris. ¡Anda, y ponen las colgaduras en el Casino!
(Un mozo pone colgaduras con los colores nacionales en el Casino.)
- Pepe** (Asustado, a Alfredo.) ¡Oye, pero será eso también por nosotros!
Alf. ¡Mucho me lo temo!...
Pepe Oye, tú, ¿se me puede confundir a mí con el obispo?... porque yo ruedo ya de conjetura en conjetura...
(Entran Melitona, Anastasia, Eustaquio y Morrones por la izquierda. Vienen jadeantes, emocionados y muy alegres.)
- Mor.** Excelentísimo señor...
Pepe (Atónito.) ¿Es a mí?
Mor. A usía excelentísima, que vengo de parte del señor alcalde, a decirle a usted que si puede recibirla a la señá maestra y a los alumnos de las escuelas públicas, y a una comisión del Casino que viene a festejar a usía.
Pepe ¡A festejarme a mí!
Eust. A usía: conque usted dirá.
Alf. ¿Pero esa música y esos cohetes son por nosotros?
Eust. ¡Por ustedes!
Pepe ¿Lo estás viendo?
Cris. ¡Por vosotros!... ¿pero a qué santo?
Pepe ¡No sé, porque yo me llamo Nicomedes!... ¡digo!...
(Estallan cohetes, repican las campanas, vuelve a sonar la música, grita la gente.)
- Mor.** Conque, ¿qué les digo a las comisiones?
Pepe Sí, que suban, que suban. (Todos van hacia la puerta izquierda.)
- Alf.** Bueno, tío; yo creo llegado el caso de que pregunte usted de un modo concreto con quién nos confunden.
- Pepe** Quiá, hombre; con esta gente pérfida nada de lealtades. Aguarda: malo será si a alguna de estas comisiones no le saco yo por quién nos toman.
- Cris.** Ya están ahí; ya suben.
Anas. Viene tío lo mejor del pueblo.
Eust. ¡Ahora verá usted lo güeno!

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA TARSILA, CHICOS y CHICAS. Luego DON ACIS-
CLO, SEÑA CESÁREA, DON RÉGULO, CAZORLA, CARLANCA, DON
ALICIO, Socios del Casino, Señoritas, etc., etc.

Entra doña Tarsila, una señora con lentes, ridículamente vestida y con un peinado muy raro y muy liso. Lleva un papel de música en una mano y una batuta en la otra. La sigue un Coro de Chicas y Chicos que traen un estandarte. Vienen formados de cuatro en fondo cantando y andando a pasos rítmicos

Tár.
Chicos
Chicas } (Cantan avanzando hacia Ojedà, y a medida que avan-
zan él retrocede, también a compas, como asustado de
aquello. Cantando.)

¡Loor, loor, loor!...
¡Oh, insigne y gran señor!
Por tu visita honrosa,
la juventud estudiosa
te aclama con fervor.
¡Loor, loor, looor!...

(Durante el himno han entrado las Comisiones con trajes de fiesta, se colocan ordenada y convenientemente, de modo adecuado, para que el conjunto pueda resultar más cómico.)

Tár. Con la venia del señor Alcalde. (Reverencia.) Excelentísimo señor: Cábeme, la inmerecida honra, de ofrendar a vucencia este tierno plantel cultural, delicadas flores (A un niño.) (Mateo, no te toques las narices, que está feo...) Delicadas flores que cultivó una servidora, humilde maestra superior, que no es normal, por envidias, e hija del gran *pedágo* don Zacarías Ullera, mi señor padre, honra y prez de la magistratura docente nacional. Feo está que una servidora lo diga, pero mi señor padre era una persona muy docente; mucho más docente que yo. Con honda pena lo manifiesto. Sin embargo, como se murmura en la Corte que si los Ayuntamientos tienen o no tienen abandonadas sus obligaciones respecto a instrucción pública, yo quiero dar a vucencia un *méntis*, mostrándole los *pogresos* de estos tiernas niñas y niños, que no diré yo que sean unos

Merlúnes, pero sí honra y prez de la infancia estudiosa y crecedera. (Tiburcio, que me das con el estandarte.) Y ahora, con permiso de vucencia, me voy a permitir examinarlos, individual y corporativamente, para que se juzgue de su instrucción. Con la venia.

Pepe Oye, párvulo, no metas el dedo en el arropo, haz el favor. Siga...

Tár. ¿Si quiere vucencia empezaremos por la *jografía*?

Pepe Por la *jografía* o por la *jometría*, me es igual...

Tár. Vamos a ver... Ursula Canana.

Chica 1.^a (Dando un paso al frente.) Servidora...

Tár. A ver, tenga usted la bondad de decirnos ¿cuántos golfos hay en España?...

Chica 1.^a Muchísimos, golfos hay muchísimos.

Tár. Muy bien. ¿Y cabos, hay muchos cabos?

Chica 1.^a Cabos también hay muchísimos.

Tár. ¡Pero determínelos!

Chica 1.^a Pues el Finisterre en Vizcaya, el Ortegal en Gerona, el... el...

Tár. ¿Cómo se llama el que hay en Huelva?... Cabo de... (Acción de pegar.)

Chica 1.^a Cabo de... (Le da dos golpes con la batuta.) de Palos.

Tár. ¿Y cómo se llama el de Almería, cabo de qué?

Chica 1.^a Cabo de... Cabo de...

Chico 1.^o ¡Miaul!

Chica 1.^a ¡Gato!

Pepe Gata, rica.

Tár. Como verá vucencia, salvo la confusión del sexo, todo lo demás...

Pepe Sí, una verdadera monada. ¡Parece mentira! y a la edad que tiene: porque esta niña no habrá cumplido aún los treinta y seis años.

Chica 1.^a ¡Me voy pa los deciocho!

Pepe Bueno, pues vete; anda, rica, vete y no vuelvas, anda.

Tár. Ahora va a ver vucencia un discípulo aventajado. Aniceto Recocho.

Chico 1.^o Servidor.

Tár. ¿Qué son líneas paralelas?

Chico 1.^o Mauregato, Sisebuto, Recaredo, Chindasvinto...

- Tár.** ¿Pero que estás diciendo, so zarrapastroso?
- Chica 2.^a** Es que él dice los reyes godos porque lo de las paralelas me lo tenía usted que haber preguntao a mí. Mire usted el papel y verá.
- Tár.** (Confusa.) ¿El papel?...
- Chica 2.^a** Estos dos eran los reyes... Paralelas mi hermana y yo...
- Tár.** Sí, sí, bueno... (Me estáis haciendo correr un ridículo que eriza.) Bien, pues dí, dí... ¿Qué son líneas paralelas?
- Chica 2.^a** Pues aquellas que no se prolongan por mucho que se encuentren. ¿Ve usted como era yo?
- Tár.** (¡Maldita sea tu estampa, so cafre!)
- Pepe** Bueno, basta, basta... Si no me lo dijeran creería que estas criaturas habían estudiado en Bolonia.
- Acis.** Y ahora, excelentísimo señor, pocas palabras de mi parte. Ya ha visto usted nuestra juventud estudiosa, cómo aprovecha los desvelos del monecipio, de forma que sólo nos resta, que *iso fazto*, don Alicio Carrascosa, aquí presente... llamao por su elocuencia el Melquiades de Pancorbo, (Don Alicio hace una gran reverencia.) su ciudad natal, va a tener el honor de ofrecerle el homenaje que le preparamos. Ande usted, don Alicio.
- Todos** Chiss... (Silencio. Espectación.)
- Alicio** (En tono de oratoria cursi.) Excelentísimo señor: mis nobles y queridos conterráneos. El Ilustrísimo Ayuntamiento de esta Villa, conjuntamente con el Casino de la misma, que tengo el honor de presidir, han organizado un banquete que a manera de modesto homenaje se ofrecerá mañana a este nuestro ilustre y preclaro huesped.
- Pepe** (A un chico.) ¡Niño, deja las morcillitas!
- Alicio** ¡Ah, mis leales y queridos Villalganceños, los sentimientos patrióticos se exaltan ante las grandes y meritorias personalidades honra de la Nación.
- Pepe** (A Alfredo.) (Me han tomado por un político. Lo que yo me figuraba.)
- Alicio** Y mucho más, cuando el ciudadano integérrimo que nos honra con su visita, no es un político.
- Pepe** (A Alfredo.) (Pues no soy un político.)
- Alicio** No es un político ni mucho menos, y claro

que ante tal negativa vosotros me preguntaréis, ¿es acaso un hombre de ciencia?...
No.

Pepe (A Alfredo.) No.

Alicio ¿Es un escritor eminente?... No.

Pepe No.

Alicio ¿Es un artista ilustre?... No.

Pepe (Asombrado.) Tampoco.

Alicio ¿Pues qué es este hombre, me preguntaréis?... Y yo, voy a deciros lo que es este hombre.

Pepe (¡Gracias a Dios!)

Alicio Pues este hombre es, ¡nada menos! que el módulo representativo de una nueva función generatriz del Estado, en su relación legislativa, ¿he dicho legislativa?... jurídica, dentro de las modernas ideologías plasmadas en las grandes síntesis aspirativas de la Humanidad!... ¡Eso es este hombre!

Pepe ¡Cá, hombre!

Alicio Sí, hombre, eso y nada más.

Alf. (¿Qué será eso de módulo?)

Pepe (No sé, pero me suena a algo así como a marisco.)

Alf. (Pues sí que nos ha sacado de dudas.)

Alicio Y ahora que ya sabéis quién es, una sola palabra para terminar. Conterráneos, honremos a este hombre porque honrándole nos honramos. He dicho.

(Aplausos, bravos, felicitaciones.)

Pepe Señores, unas palabras...

Todos Chist... chist...

(Gran atención.)

Alf. (¿Pero qué va usted a decir?)

Pepe (Una cosa parecida a la suya. Yo no me aguanto eso de módulo.) (Alto.) Villalganceños: Honrándome exageradamente ha dicho en disculpable exaltación el elocuente orador que me ha precedido en el uso de la palabra, que yo soy un módulo. Pues bien, sí, quizá yo sea un módulo, pero él en cambio es una espátula.

Alf. (Asustado, le tira de la americana.) ¡Tíol!

Pepe Una espátula con la que, se extiende sobre el lienzo de las realidades españolas, el vivo anhelo del espíritu nacional que trata laudablemente de incorporarse en la plenitud de todas sus consciencias a la marcha triun-

Alf. Sin embargo, tío, a mí me parece que empiezo a comprender...

Pepe ¿Tú?

Alf. Sí. Todo eso, sospecho que lo hacen porque nos temen,

Pepe ¿A nosotros? ¿Que nos temen?

Alf. Sí, nos tienen miedo, no hay duda... y por eso son las dádivas, el dinero, las aclamaciones. Nos confunden con algo que para ellos es un fantasma medroso.

Voz (Lejos.) ¡Viva España!

Voces (Idem.) ¡Vivaaaaa!

Alf. ¡Y conciencias concupiscentes y claudicadoras que infamó el delito, quieren acallar el terror de verse castigadas con gritos de falso patriotismo!

Pepe ¡Es posible! ¡Sin duda es eso! El miedo, siempre el miedo... ¡La cobardía profanando, para disculparse, las reliquias sagradas de la Historia! ¡Cobardía, miedo, claudicación!... ¡¡Ah miserables!!

Voz (Ya muy lejos.) ¡Viva España!

Pepe Sí, ¡viva España! Pero ¡cómo vá a vivir, si no nos hacemos todos un poco mejores! Viva España, pero viva con un ideal cierto, seguro, firme, que acabe para siempre con los miedosos, con los claudicadores, con los cobardes... (Sale al balcón.) ¡Viva España! (Le aclaman frenéticamente. La gente grita; le aplauden de los balcones del Casino. Estalla un cohete junto a él. Entrando.) ¡Mi madre! (Se cubre los ojos con las manos.)

Alf. ¿Qué ha sido?

Pepe ¡Un cohete! ¡De poco me deja ciego! ¡Y me lo ha disparado el Secretarior! ¡Lo he visto! ¡Canalla! ¡Ladrón!

Voz ¡Viva España!

Voces ¡Vivaaaaa!

(Música, campanas, aplausos. Telón.)



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

OJEDA, DON RÉGULO y CAZORLA

Al levantarse el telón aparece Ojeda en el Casino. Está de pie, pronunciando un brindis a la cabecera de la mesa donde acaban de celebrar un banquete. Se ven socios sentados cerca de él, que en las ocasiones que se indicarán le aplauden. En el cuarto de la fonda, que tiene las vidrieras de los dos balcones cerradas, razón por la cual se ve accionar a Ojeda sin que se le oiga, están Don Régulo y Cazorla. Se hallan situados junto al balcón de la izquierda, mirando a través de las vidrieras hacia el Casino.

Rég. (Iracundo y exaltadísimo apunta a Ojeda con una browning que tiene en la mano.) ¡Sí, sí, déjeme usted, lo mato sin remedio! ¡Lo mato en pleno discurso!

Caz. (Esforzándose por contenerle.) ¡No, no, por Dios! ¡Sería una tragedia espantosa! ¡Sería una interrupción que ni en el Congreso! Calma, mucha calma.

Rég. ¿Pero no oye usted lo que dice? ¿No oye usted lo que grita ahora ese cínico?

(Quedan atentos, abren un poco la vidriera y entonces se oye a Ojeda hablando como un poco lejos y en tono oratorio.)

Pepe Celebremos, sí, celebremos todas nuestras conquistas, nuestras hermosas conquistas, para que nos envidien aquellos que...

(Cierran. Se deja de oír, aunque se le sigue viendo accionar.)

- Rég.** ¡Ah, miserable! ¡Que celebren sus conquistas! ¡Y mírela usted, mi mujer se sonríe!
¡Oh!
- Caz.** ¡Qué cinismo! ¡Pobre amigo! (Le abraza.)
- Rég.** ¡Ah, no, no; yo no lo sufro! (Apunta de nuevo.)
¡Déjeme usted que dispare!
- Caz.** (Desviándole el brazo.) ¡Sí, le sobra a usted la razón por encima de los pelos, pero conténgase usted ahora! Sería producir una tragedia inútil. ¡No es este el momento! Yo, don Régulo, que estimo su honor como mi propio honor, le diré a usted que realice su justa venganza cuando sea llegado el instante; ahora, no. (Misteriosamente.) Piense usted que al disparar desde esta casa, no sólo se comprometería usted, sino que comprometería a don Acisclo. (Entorna la puerta del balcón y deja de verse a Ojeda.)
- Rég.** ¡Sí, es verdad! ¡Eso te vale, villano!
- Caz.** A don Acisclo, que está ahí dentro, (señala la puerta primera derecha.) haciendo, en complicidad con la Anastasia, un registro entre los papeles de esos hombres; registro que puede ser nuestra salvación... ¡La salvación del pueblo!
- Rég.** Sí, sí, es cierto, amigo Cazorla, lo comprendo todo; pero es que las leales revelaciones de usted han despertado en mi corazón el demonio de los celos...
- Caz.** Don Régulo, yo no podía consentir el ridículo de un amigo entrañable.
- Rég.** ¡Si ha hecho usted bien, muy bien; pero es que yo ya no puedo vivir sin una venganza terrible! ¡Y me vengaré, sí, me vengaré!
(Queda junto al balcón, mirando obstinadamente al Casino.)
- Caz.** Sin embargo, calma, calma ahora.

ESCENA II

DICHOS, DON ACISCLO, SEÑÁ CESÁREA; ANASTASIA, primera derecha.

- Acis.** (Sale cautelosamente por la primera derecha seguido de la señá Cesárea y Anastasia. Habla con voz velada por el despecho.) ¡Ná, asolutamente ná! ¡Ni un papel, ni un detalle! ¡Maldita sea!

- Caz.** (Yendo a su encuentro.) ¿No encontraron nada?
- Acis.** ¡Náa, estoy que me muerdo! ¡'l'oo registrao y náa! Ni el nombramiento, pa haberlo roto; ni cartas, ni credenciales, ni oficios... náa!
- Caz.** ¡Pero no han encontrado ni siquiera...
- Anas.** Náa. ¿No lo oye usté? Cuatro calcetines con una de tomates, que ni una fábrica e conservas, tres camisolas sin marcar, dos *jerseises* y unas silenciosas. Es tóo lo que tenía la maleta.
- Ces.** Y la mar de faturas. Zapatería de no sé qué... debe. Sastrería de no sé cuántos, debe. Camisería... de quien sabe Dios..., debe. Esos han dejao a deber hasta el bautizo.
- Anas.** Y también los hemos encontrao una faztura dé la sombrerería, de cinco gorras. ¡Pás-mese usté!
- Acis.** Claro, cinco gorrras. ¡Como que es su uniformel
- Caz.** ¡No tener más, es inverosímil!
- Ces.** No lo duden ustés; esos hombres son muladinos, y pa mí que han dejao el equipaje en el cuartel de la Guardia Cevil, pa que no pudieran tocarles la documentación.
- Caz.** Es muy posible.
- Acis.** (A Anastasia.) ¿Y tú no les has visto romper papeles u esconderlos?
- Anas.** ¡Digo, pues si yo lo hubiá visto! Ya los tendrían ustés en su poder. Les llevo una lista hasta de las veces que estornudan, con que usté verá, (Yendo hacia el balcón.) ¡Y todavía está hablando! Eso es un loro.
- Acis.** ¡Maldito sea! Pos yo no pueo hacer más pa quitámelos de encima, ya lo han visto ustés. Por las buenas, regalos, dinero, festejos...
- Ces.** ¡Qué lástima fué lo del cohete! ¡Con el ingenio que tenía!
- Caz.** ¡Si estalla medio metro más abajo... tiene que ir a curarse a Madrid!
- Acis.** Ya les dije a ustés que eso era un poco inocente. ¡Ahora hay que comenzar por las malas!
- Ces.** Pero por las malas... de veras.
- Caz.** ¡Mi plan! Voy a seguir azuzando. (Vase al balcón con Don Régulo.)
- Acis.** Por de pronto, ya he metido en la cárcel hasta El Perniles y Garibaldi, pa que no les puan dar datos contra nosotros.

- Ces.** Pero no basta, Acisclo, no basta. No seas infeliz, que tú eres un desgraciao. (Hablan el resto de la escena en tono confidencial.)
- Acis.** ¡Yo?
- Ces.** ¡Tú! Ya lo ves. Esos tíos t'han cogío el dinero y s'han reío de tí.
- Acis.** Pues mal año pa ellos, que el que se ríe de mí, llora a la postre.
- Ces.** Siquiá, quítales las dos mil pesetas.
- Acis.** Déjalo, que de eso s'ha encargao Carlanca. Ha cogío la bufanda, el retaco... y dos amigos, y esos canallas se dejan en el pueblo los billetes, como se los dejó aquel recaudador de contrebuciones... ¡Por estas!
- Ces.** Haces bien. Y a más, no consientas que a tí te quiten de mandar.
- Acis.** ¡Nunca!
- Ces.** Tú tiés en el pueblo tóo el poder; pos antes que soltar la tajá hay que dejarse en ella los dientes.
- Acis.** Descuida. No suelto las riendas. Treinta años mandando... ¡Con los enemigos que da eso! ¡Si me *vián* caído, me se comían! Pero estoy yo ya muy duro pa que me roan. No; yo te digo que no. Yo te digo que antes ¡le pegaba fuego al pueblo!
- Ces.** (Con entusiasmo.) ¡Ese eres tú!
- Acis.** ¡Antes que verme pisao, tóo! ¿Lo oyes bien? (Con gesto de ira feroz.) ¡Tóo!
- Ces.** ¡Acisclo, que me espantas!
- Acis.** (Sonriendo.) ¡Mujer!
- Ces.** ¡Lo has dicho en un tono, que me s'han puesto de punta hasta los pelos del añadiól
- Acis.** (sigue sonriendo.) No t'apures, ya me conoces. En el fondo soy un infeliz. *Tóo*, le llamo yo a un sustejo de náa.
- Ces.** ¡Pero ten cuidao con Carlanca que ese es mu bruto!
- Acis.** ¡Bah, otro infeliz!... ¿Sabes quién va a hacerles el avío a los forasteros?
- Ces.** ¿Quién?
- Acis.** Ese rebajuelete.
- Ces.** ¡Cazorla!
- Acis.** Ese. Que, miálo, (Riendo socarronamente.) no s'arrima un vez a don Régulo, que no le encienda el coraje.
- (Para cumplir la indicación del diálogo, un momento antes se ve a don Régulo, inquieto, volver a su manía

de dispararle a Ojeda, y a Anastasia y Cazorla que tratan de detenerlo.)

Rég. (Exaltado de nuevo.) Sí, sí, tiene usted razón; luego se irán a Madrid ufanándose de habernos burlado y habernos escarnecido... y eso, no; de un caballero no se ríen esos... ¡Déjeme usted, lo mato!

Caz. ¡Sí, sí... pero ahora no!

Anas. (Asustada.) ¡Por la Virgen Santísima! ¡Carambal! ¡Calma!

Acis. ¿Pero qué le pasa a ese hombre?

Caz. ¡Por Dios, señor Alcalde, intervenga usted, que le quiere disparar!

Acis. (Va hacia él.) ¡Pero qué va usted a hacer, so loco!... (Le separa del balcón.) Venga usted aquí.

Rég. ¡Don Acisclo, mi honra peligra! ¡Estoy en un estado de excitación, que o mato a ese hombre, o me muero de un berrinche, me muero!

Acis. Serenidad, don Régulo, que no semos creaturas. Ya conoce usted mis dotrinas; brutos, pero a tiempo.

Caz. Eso le digo yo, quizá esta misma noche nos dará ocasión para todo.

Ces. Seguro. Cuando le traigan ustes los libros del Ayuntamiento pa que los revise.

Acis. Espérese usted a entonces, y de que ponga tanto así de reparo en náa, le da usted el puñetazo acordao en sesión, y en seguía los padrinos, la custión de honor y lo que sea, que no será poco, siendo usted el atizante.

Rég. No sé si tendré paciencia para esperar, señor Alcalde. Yo aguanto pocas cosas, muy pocas, pero menos que ninguna, que nadie levante los ojos hasta mi mujer, porque a ese lo mato!

Acis. ¡Hombre, no se ponga usted así! Después de tóo, aunque descubriese usted cualisquier cosilla...

Rég. ¡Ese muere!

Acis. (Aparte.) ¡Sabrá lo mío!

Ces. Es que doña Eduarda es una mujer honrá, don Régulo.

Rég. Pero le tolera a ese hombre excesivas galanterías, señora Cesárea.

Acis. Bueno... no hay que olvidar tampoco que usted mismo la recomendó que estuviese

- amable con ese sujeto, y ella, quizás que por hacerle a usted caso...
- Rég. Pero una cosa es que me haga caso a mí, y otra que le haga caso a él. ¡Caramba!
- Caz. Eso es bíblico.
- Rég. Comprenderán ustedes mi deseo de venganza.
- Acis. Bueno, calma, que tóo llegará. Y ahora, antes que acabe, al Casino. (A Anastasia.) Y tú, de esto, ni tanto así, porque te costaría...
- Anas. Quié usted callarse... Pasen por el gabinete y bajen por la escalera que da al callejón. (Vanse todos segunda derecha.)

ESCENA III

DOÑA EDUARDA, CRISTINA y EUSTAQUIO, primera derecha. Entran las dos acongojadas, jadeantes, con caras de angustia, precedidas del criado

- Eust. ¿Pero qué les ocurre a ustedes por ese desasosiego y ese agobio?
- Eduar. Nada, Eustaquio, no te preocupes, no es nada. (Aparte.) Me sorberé las lágrimas.
- Eust. (Ofreciendo una silla a Cristina.) Pero, asíéntense ustedes, que vienen que se ahogan.
- Cris. (Que pasea agitada.) No, no, gracias, yo no podría estarme quieta.
- Eduar. Mira, Eustaquio, hijo, lo que deseamos es que nos dejes solas.
- Eust. Pero ya saben ustedes que esta habitación la ocupan...
- Eduar. Sí, sí... lo sabemos todo, pero nos precisa asomarnos a ese balcón un momento. Por eso venimos. Nada más. (Saca una moneda que le da.) Toma y calla.
- Eust. (Cogiéndola.) ¡Dos reales!
- Eduar. Si eres discreto, no serán los últimos.
- Eust. (¡Gorda tiene que ser la cosa!) (Vase primera izquierda.)

ESCENA IV

EDUARDA y CRISTINA

- Eduar. (Dando rienda suelta a su dolor.) ¡Ay, Cristina de mi alma, estoy desolada, muerta de angustia!

- Cris.** ¡Y yo, doña Eduarda, y yo! Mire usted cómo tiemblo desde que sorprendí entre mi tío y el secretario la conversación que he sorprendido.
- Eduar.** Es preciso que estos hombres conozcan el peligro en que están.
- Cris.** Sí... Para que se vayan del pueblo, para que huyan a escape.
- Eduar.** ¡Sí, para que se vayan, pero también para que antes Ojeda me salve a mí, salve mi honor! ¡Ah, ese infame, ese canalla de Cazorla!
- Cris.** Tiene la maldad del demonio.
- Eduar.** ¡Peor! ¡El demonio es un niño de primera comunión comparado con él!... ¡Ese miserable, haber sembrado el infortunio en mi hogar, hasta hoy dichoso!... ¡Ah! (Llora.)
- Cris.** ¡Qué infamia! ¡Si parece mentira!... Habérsele ocurrido meter celos contra usted en el corazón de don Régulo para que mate al señor Ojeda y que el Ayuntamiento se vea libre de él. ¡Vamos, que no paga ni hecho trizas!
- Eduar.** ¡Y haberme infamado a mí, Cristina, a mí, que teniendo clavado en mi corazón el dardo que tengo, antes moriría cien veces que faltar a mi esposo!... (Llora.)
- Cris.** ¿Pero usted cree que don Régulo le dará crédito a esa infamia?
- Eduar.** ¡Ya lo creo que le da crédito, pues eso es lo trágico! En unas cuantas horas, mi marido es otro. Antes no tenía más que ojos para mirarme. Ahora busco su mirada y la encuentro en los calcetines, en la alacena, en el *Blanco y Negro*, en cualquier parte menos en mí. Estamos en la mesa, me habla, y lo hace en un tono tan glacial, que me enfría hasta la sopa. Y luego, él, de suyo tan amable siempre, tan cortés conmigo... ¡Ay, lo que me ha hecho hoy a los postres, Cristina! (Llora.)
- Cris.** ¿Qué la ha hecho?
- Eduar.** Figúrate que yo cuando una naranja me sale dulce, nunca me la como sin darle dos o tres cascós. Pues hoy, hoy como siempre, se los di... (Llorando amargamente.) y me ha dado con los cascós en las narices... ¡El, devolverme los cascós!

- Cris.** ¡Pues si con el carácter que tiene se pone furioso!...
- Eduar.** ¡Figúrate qué tragedia! ¡Una mujer deshonrada, un hombre muerto!
- Cris.** Sí, sí. Pues no perdamos tiempo. Hay que ponerlos sobre aviso. Llámelos usted.
- Eduar.** ¿Pero cómo?
- Cris.** Acerquémonos al balcón a ver si nos ven.
- Eduar.** Sí, es lo mejor. Le haré una seña.
- Cris.** Dé usted en los cristales.
- Eduar.** Calla, ya parece que mira. ¡Chistss, chistss!
(Ojeda mira; le hacen señas que no entiende y que le obligan a poner cara de extrañeza, sin interrumpir por eso el discurso.)
- Cris.** (Abriendo el balcón.) Que vengan.
- Eduar.** (Haciendo señas.) Venid...
- Pepe** (Como si continuara dirigiéndose al auditorio.) ¿Qué decís?
- Cris.** Que vengan ustedes.
- Pepe** ¿Qué decís a esta afirmación que yo os hago?... (Más señas.) ¿Qué queréis decir?... ¡Ah, señores!
- Eduar.** ¡Que vengas, hombre!
- Pepe** ¿Yo?... (Le hacen señas que sí.) Yo... Ya voy... ya voy a terminar...
- Eduar.** Pronto. (Señas.)
- Pepe** Voy a terminar y voy en seguida... porque en este brindis creo haberos confirmado todo... (Cierran y deja de oírse a Ojeda.) cuanto en mi larga actuación...
- Cris.** Ya nos ha entendido.
- Eduar.** Entonces no tardarán. Estoy deseando que llegue.
- Cris.** ¿Y yo, qué hago yo, doña Eduarda, qué hago? ¿Qué le diré a mi Alfredo?... ¡Estoy inquieta, indecisa, no duermo, no vivo!...
- Eduar.** ¿Tú no le quieres, Cristina?
- Cris.** Con un cariño inmenso, ya lo sabe usted.
- Eduar.** ¿Pues entonces?...
- Cris.** Pero por otra parte le tengo miedo a mi tío, que si supiera que venían a quitarle mi fortuna, era capaz de hacer una brutalidad; y luego, Alfredo parece que me quiere, pero hace tan poco que le conozco...
- Eduar.** Mira, Cristina. En amor sigue siempre el impulso de tu corazón. No vaciles. ¿Tú, aunque lejanos, no tienes unos parientes en Madrid?

- Cris.** Sí, señora.
- Eduar.** Pues vete con ellos. Emancípate de la tutela de estos egoístas. Dichosa tú que puedes abrir tus alitas de golondrina, tender el vuelo y hacer el nido en el alero de un tejado cortesano. ¡Ay de las que tenemos la jaula colgada en el clavo del deber, a la puerta de un corral!
- Cris.** Pero si yo me marchase, el pueblo... la gente... podrían decir...
- Eduar.** ¿Serías tú capaz de algo indigno?
- Cris.** Antes me moriría, ya lo sabe usted.
- Eduar.** Entonces... ¿no te temes a ti misma y temes a los demás? No vaciles, Cristina... vete a Madrid, cástate con Alfredo. Y ya ves que te lo digo yo, yo que cuando te vayas me quedaré sin tu tierno afecto y sin... (Vacilla.) ¡Ay!... Pero la jaula, el clavo... ¡qué remedio! Alegremos la vida de los que nos enjaularon y bendigamos a Dios, hundiendo el pico en el alpiste cotidiano... y perdona esta imagen pajarera y dolorida...
- Cris.** Usted me da ánimos, doña Eduarda.
- Eduar.** ¡Calla, sí... él sube!

ESCENA V

DICHOS y PEPE OJEDA, puerta izquierda

- Pepe** ¡Eduarda!
- Eduar.** ¡Pepe! (se estrechan la mano.)
- Cris.** ¿Y Alfredo?
- Pepe** Ahora vendrá. Quedó con unos señores. Creo que querían regalarle un perro y le llevaron a que lo viese.
- Eduar.** ¿Un perro? ¡Qué cosa más rara!
- Cris.** ¡Ay! Yo no estoy tranquila. ¡Si vieran ustedes que también he oído a Cazorla no sé qué de un perro!...
- Pepe** Bueno, ¿y qué os ocurre?
- Eduar.** ¡Ay! Pues que yo deseaba por momentos hablar contigo. ¿Sabes ya con quién te confunden?
- Pepe** Sí, al fin lo sé: con un Delegado del Gobierno.
- Cris.** ¿Quién se lo ha dicho a ustedes?
- Pepe** (Muy confidencial.) Pues el propio Delegado,

que llegó esta tarde al pueblo y que se aloja en casa del Sargento de la Guardia civil.

Las dos

¿Es posible?

Pepe

Se llama Abilio Monreal, y da la feliz coincidencia de que le conozco por ser pariente de unos amigos míos. Le conté el objeto de nuestro viaje, la confusión de que éramos víctimas, y me prometió no presentarse hasta que yo le avise para darnos tiempo a que Alfredo y tú resolváis lo que os convenga. De modo que por ese punto nuestra seguridad personal no corre peligro.

Eduar.

¡Ay, no, Pepe, no, no lo creas; tú estás en un error! ¡Tu vida corre más peligro que nunca!

Pepe

Caracoles, ¿qué dices, Eduarda?

Cris.

¡Que está usted en un peligro terrible, señor Ojeda!

Pepe

¿Yo?... ¡Caramba! ¿Pero por qué en un peligro?... Haced el favor de explicaros...

Eduar.

¡Sí, Pepe, es preciso que lo sepas todo! Un canalla ha metido en el corazón de mi esposo el torcedor de los celos.

Pepe

¡Cuerno!... ¿Quién dices que ha metido el torcedor?

Cris.

Un granuja.

Pepe

¿Pero quién ha sido ese sacacorchos?

Eduar.

El infame de Cazorla. (Llora.)

Pepe

¿El Secretario?

Cris.

Ese bandolero, que suponiéndole el Inspector que esperaban, le ha hecho creer a don Régulo que usted pretende a doña Eduarda.

Pepe

¡Canastos!

Eduar.

(Llorando.) Y que yo, ¡pobre de mí, te correspondo; para que así, mi esposo ofendido, te rete a un duelo y te mate.

Pepe

¡Qué bestia!... Oye, tú, ¿ese facineroso ha hecho películas?

Eduar.

No, pero tiene un ingenio maléfico que espanta. (Desconsolada.) Y lo grave es que mi marido te reta.

Pepe

(Alarmado.) ¿Tú crees?...

Eduar.

Te reta, sí, te reta y te mata.

Pepe

(Tratando de disimular el miedo.) Mujer, eso no; me mata o le mato yo a él. Después de todo...

Eduar.

No, no, te mata, Pepe, te mata. Mi marido tira a la pistola de un modo que a veinte

pasos le quita al canario un cañamón del pico.

Pepe (Crece su alarma.) ¡Caracoles!

Cris. ¡A veinte pasos, sí, señor!

Pepe ¿Pero esos blancos?

Cris. No le fallan.

Pepe Pues me habéis dejado el corazón que parece un despertador sin timbre. ¿Y dices que un cañamón?

Eduar. Al canario.

Pepe (¡Canario!)

Eduar. Además boxea de un modo, que aunque no tuviese armas, si te coge y te tira un directo al estómago, te deja en *ocaut*.

Pepe ¿Ocaut?... ¿Ocaut a mí?... Oye: ¿la carretera es saliendo de aquí a la izquierda? Porque a boxeo puede que me gane, pero en el último *cross country*, he batido yo el record de los cinco kilómetros con obstáculos. Me seguían dos sastres en motocicleta y no me vieron, no os digo más.

Eduar. Pero es que tú no puedes abandonarme, Pepe.

Pepe ¿Qué no puedo?

Eduar. ¡No puedes, porque hay algo peor!

Pepe ¿Peor que el cañamón?

Eduar. Que mi marido cree que te correspondo y y no me habla y me rechaza y me desprecia... Y vosotros, al fin, os iréis de aquí, os iréis para siempre; pero yo he de quedarme, ¿y cómo me quedo yo, infeliz de mí, si de corazón de mi esposo no se disipa la duda infamante?

Pepe ¿Y qué puedo hacer yo, para disiparle esa ridiculez?

Eduar. Que le hables, que reivindiques mi honor, que le jures que es una calumnia...

Pepe ¿Oye, y todo eso no se lo podría yo decir por escrito? Ya sabes que tengo una letra clarísima y que redacto con cierta soltura.

Cris. No, yo creo que sólo oyéndole a usted mismo se quedaría tranquilo.

Pepe Sí, Cristina, pero es que una persona tan exaltada y con esa puntería.. porque al canario le quita el cañamón y le estropea el almuerzo, pero a mí me quita el cráneo... y ¡adiós Pepísimo!... Además, ¿cómo puede ese imbécil dudar de tu honra?

- Cris.** Es que es Otelo.
Pepe ¡Aunque sea su padre, hija! Hay que tener sentido común y saber contar.
- Eduar.** Saber contar, ¿qué?...
Pepe Años.
Eduar. ¡Pepe!
Pepe ¡Lo digo por los míos!
Eduar. ¡Ay, no, no me abandones, Pepe!
Cris. ¡No, no la abandone usted, señor Ojeda!
Pepe Bueno, no tengais cuidado. No soy ningún Cid Campeador, para qué voy a engañaros, y sentiría que un ventajista o un loco me hiciera dejar en este villorrio el agradable pergamino que me envuelve y que tantos afanes me ha costado conservar; pero al cabo, más mérito tiene jugarse el tipo con miedo que sin él. De modo que me quedo; le hablaré a tu marido.
- Eduar.** Gracias, Pepe, muchas gracias.
(Cristina va al balcón a mirar.)
- Pepe** Eso sí, que yo le hablo a tu marido, pero el Cazorlita ese y el Alcalde, me las pagan, vaya si me las pagan. ¿Lo que me contaste de que el Alcalde te hace el amor es cierto, verdad?
- Eduar.** ¡Cómo si no iba yo a decírtelo!
Pepe Basta.
Eduar. ¿Qué intentas?
Pepe No, nada. A mí a agilidad intelectual no me sobrepasa ningún munícipe, como diría ese mirlo legislativo. ¡Ya veréis!
- Cris.** (Que entra del balcón.) Alfredo, ya viene Alfredo... ¡Pero viene corriendo, como aterrado!...
- Pepe** ¿Aterrado? ¡Qué le pasará?

ESCENA VI

DICHOS, ALFREDO

- Alf.** (Que entra lívido, descompuesto, con la americana rota.) ¡Ay, tío, ay, tío de mi alma!
Cris. (Anhelante.) ¡Alfredo!
Pepe ¿Qué te ocurre?
Eduar. ¡Viene usted lívido!
Cris. ¡Tiembblas!

- Pepe ¿Qué te ha pasado?
Alf. No, nada. ¿Se acuerda usted del perro que me querían regalar?
- Pepe Sí, un seter, un precioso seter.
Alf. Seter, ¿eh? Pues mire usted la americana. (La lleva desgarrada por detrás.) ¡Mire usted qué seter!
- Eduar. ¡Qué sietel!
Alf. El perrito que estaba rabioso.
Pepe ¿Qué dices?
Alf. Absoluta y totalmente rabioso. Si no tengo la suerte de esquivarle me destroza.
- Cris. ¡Qué infames!... ¿Ven ustedes lo que yo decía del perro?
Eduar. ¡Asesinos!
Alf. ¡Ay, qué rato he pasado!
Pepe Por lo que parece, estos cafres empiezan a tirar con bala.
- Cris. ¡Por algo temblaba yo de que no vinieras!
Alf. Y además, sospecho que nos preparan algo terrible. En ese callejón he visto un tío envuelto en una manta y con algo debajo, que si no es un trabuco es un pariente próximo.
- Cris. ¡Ay!... ¿Os acecharán?
Eduar. ¡Debe ser el Carlanca, es un asesino!
Pepe Ya, ya... uno de los que gritaban ¡viva la España del dos de Mayo y de Covadonga!... ¡Y de las encrucijadas!... ¡Ladrones!... ¡Sois muchos y malos, pero no podréis conmigo, yo os lo prometo! ¡Ay, la partida que os voy a jugar!
- Alf. Ya lo oyes, Cristina, es imposible permanecer aquí sin grave riesgo. Es necesario que resuelvas pronto.
- Cris. ¿Y qué he de hacer yo?
Alf. Decidirte, venirte a Madrid. Huir de estos canallas.
- Pepe Sí, hay que marchar esta misma noche.
Cris. ¡Pero huir,irme con ustedes!...
Alf. Fía en mi amor y en mi lealtad.
Cris. Sí, en ti fío, Alfredo... Pero irme sola... ¡No, no me atrevo!
- Alf. Entonces me quedo yo también; ¡porque yo no te dejo en manos de estos energúmenos! Sea lo que Dios quiera.
- Cris. No, eso no, tú vete, sálvate.

ESCENA VII

DICHOS, EUSTAQUIO. Puerta izquierda

- Eust.** Excelentísimo señor.
Pepe ¿Qué se te ofrece?
Eust. Dispéñseme usted y que haiga entrao sin
premisó, pero es que la cosa...
Pepe ¿Qué pasa?
Eust. Don Sabino, el médico, que viene llorando
que da compasión, con su hija de la mano
y un lío de ropa, que ice que tié precisión
de hablar con usté; que por Dios y que si
pué u-té recibilo.
Pepe ¿Que lo reciba yo?... ¿Al médico?... ¿Pero
qué desea?
Eust. Yo no sé, pero está el pobre que su alma se
la parten.
Eduar. ¡Pobre don Sabino! ¿Qué le ocurrirá?
Pepe En fin, dile que pase. Vosotros mientras en-
trad ahí y resolved con urgencia lo que nos
conviene a todos. Pero pronto, antes que
nos corten la retirada. (Entran Eduarda, Cristina
y Alfredo, segunda derecha.)

ESCENA VIII

PEPE OJEDA, DON SABINO, MARÍA TERESA, primera izquierda

- Sab.** (Entra rápido, desolado, seguido de María Teresa y
en actitud suplicante.) ¡Caballero, caballero, por
piedad, ampárenos!
Pepe ¿Qué le ocurre a usted, señor mío?
Sab. Ampárenos, vengo huyendo, lleno de temor
y zozobra.
Pepe ¿Pero qué le pasa? ¿Qué es lo que teme?
Sab. Que cometan conmigo la más infame de las
iniquidades. Sospecho que me persiguen,
que me quieren encarcelar.
Pepe ¿Pero por qué causa?
Sab. Por nada en realidad. El Alcalde, que pre-
textá un ridículo desacato. ¡Son unos mise-
rables! Pero a mí lo que me importa, sobre
todo, es salvar a mi hija. ¡A mi hija!... No
tengo otra cosa en el mundo... ¡Por Dios, ca-
ballero!

M. Ter. (Suplicante.) ¡Piedad, señor!
Pepe Cállese usted, señorita, cálmense ustedes, siéntense y tengan la bondad de decirme cuáles son sus desdichas y cómo puedo yo remediarlas. (Se sientan.)

Sab. Caballero, soy el médico de este pueblo, me deben mis honorarios de siete años. Ayer mañana fui con otros dos hombres de bien a elevar una protesta a casa de ese fariseo. Mis compañeros ya están en la cárcel, yo temo correr la misma suerte. Por eso vengo a implorar auxilio y protección de usted, que en estos instantes es aquí autoridad suprema como Delegado del gobierno.

Pepe ¡Caracoles! ¿Y cómo le digo yo a este pobre señor?... ¿Pero usted es realmente enemigo del alcalde?

Sab. ¡Yo qué he de ser!... Yo no soy enemigo de nadie, señor; pero como yo no he tolerado que mi asistencia a los enfermos esté mediatizada por los caprichos políticos de un bárbaro, me llama su enemigo y me persigue, y no me paga, y quiere hundirme en la miseria y en la desesperación, o quizá lanzarme al crimen... Por eso solicito el auxilio de usted. Tengo miedo. Quiero irme, irme pronto. Antes que permanecer aquí, prefiero morir de hambre en la cuneta de una carretera. Después de todo, esto coronaría gloriosamente el martirio de una vida consagrada a la humanidad y a la ciencia en un país de ingratos. (Llora.)

M. Ter. ¡No llores, papá!

Pepe ¿Pero tanta infamia es posible?...

Sab. ¡Qué saben ustedes los que viven lejos de estos rincones!... Treinta y cinco años, señor, me he pasado de médico titular, de médico rural, luchando siempre contra el odioso caciquismo; contra un caciquismo bárbaro, agresivo, torturador; contra un caciquismo que despoja, que aniquila, que envilece... y que vive agarrado a estos pueblos como la hiedra a las ruinas... Yo he luchado heroicamente contra él, con mi rebeldía, con mis predicaciones; porque yo que la conozco, estoy seguro de que en esta iniquidad consentida a la política rural, está el origen de la ruina de España.

- Pepe** Ah, sí; tiene usted razón, señor mío, y lo grave es que esa tremenda iniquidad de que usted habla no desaparece, porque en ella tienen su fundamento las tradicionales oligarquías de nuestra vieja política.
- Sab.** Exacto, exacto...
- Pepe** (Sigue con exaltación oratoria.) Por eso este mal es tan hondo y tan permanente, porque es base de muchos intereses creados, raíz sustentadora de muchos poderes constituidos.
- Sab.** ¿Y será tal nuestra desgracia, señor, que esta vileza no tenga remedio?
- Pepe** ¡Cómo no!... Abandonemos valientemente este árbol añoso y carcomido de la política caciquil, y plantemos otro jóven, sano y fuerte que absorba para sí la savia fecunda, y seque al otro y dé con él en tierra, porque sólo en las ramas de ese árbol nuevo podrá cantar el pájaro de nuestra aurora!... (¡Ojeda que te pones cursi!)
- Sab.** ¿Y usted que lo sabe y que lo dice, por qué no va a Madrid y lucha para lograrlo, y trabaja?...
- Pepe** (Vivamente con disgusto.) ¡Ah, no; trabajar no!... A mí pedidme verbo, no acción. Yo soy un apóstol, los apóstoles no han trabajado nunca. Además, yo, que me parezco un poco a los políticos españoles, soy como un libro de cocina; tengo recetas para todo; pero... pero hay que buscar la cocinera.
- Sab.** ¿Pero si la cocinera no parece, qué vamos a hacer políticamente los españoles?
- Pepe** Pues lo que venimos haciendo, ¡comer de hambre!... Pero usted, mi pobre amigo, no ceje en su generosa lucha.
- Sab.** ¿Y cómo no cejar? ¿No ve usted el resultado de mi rebeldía? La niña y yo hemos sufrido miseria, nos morimos de hambre, de hambre ¡señor mío!... y cuando voy a implorar como una limosna mi sueldo, no quieren pagarme, me dicen que el Ayuntamiento no tiene dinero... ¡no tiene dinero!...
- Pepe** (Exaltado.) ¿Que el ayuntamiento no tiene dinero?... ¡Canallas!... ¡y me dan a mí todo esto para que no los lleve a la cárcel!... ¡Don Sabino, tome usted! (Le entrega los billetes que ha sacado del bolsillo.)
- Sab.** (Asombrado.) ¿Qué es esto?

- Pepe** Dos mil pesetas.
Sab. ¡Señor!...
Pepe Guárdeselas. No le humillo con el oprobio de una limosna, no. Ese dinero es del ayuntamiento. ¿No es usted su acreedor?... Pues guárdese lo sin escrúpulo.
- Sab.** Pero...
Pepe ¿No le deben a usted siete años? Pues uno menos.
- Sab.** ¡Y cómo le pagaría yo a usted! ¿Señor Delegado?...
- Pepe** A mí no me llame usted Delegado, ¡por lo que más quiera!
- Sab.** ¿Pero por qué?
Pepe Pues... porque no lo soy.
Sab. ¿Qué dice usted?
Pepe La verdad.
Sab. ¿Entonces usted ha venido aquí?...
Pepe A una cosa muy distinta de la que suponen, y para la cual usted podría hacerme ahora un favor inmenso.
- Sab.** Usted me dirá.
Pepe ¡Mi sobrino y la sobrina del alcalde se aman.
- Sab.** ¡Cielos! ¿Cristinita?
Pepe Es preciso que esa muchacha salga para Madrid esta misma noche. ¿Usted tendría inconveniente en acompañarla?
- Sab.** ¡Con alma y vida! Si ella quiere... Precisamente a Madrid vamos nosotros.
- Pepe** ¿A qué hora sale el tren?
Sab. A las diez y cuarto.
Pepe Todavía queda media hora; sobra tiempo. Usted y su hija se llevan a Cristina, esperan en la estación y toman los billetes. Nosotros no tardaremos.
- Sab.** ¡Pero cómo podrá usted salir del pueblo, porque yo he sabido que quieren coaccionarle, que le tienen cercado!
Pepe No importa. Me iré.
Sab. Además, esos bribones no tardarán en venir con los libros... ¡y con la murga!
- Pepe** ¿Con la murga, para qué?
Sab. Es la costumbre del alcalde. En cuanto tiene que rendir cuentas de cualquier cosa, lleva la murga para que en cuanto le pidan una aclaración, toque el pasodoble de Jose-lito y no haya modo de entenderse.

Pepe No está mal. Ahora, que a mí, como si me quiere traer la Sinfónica. Contra todos puedo. Yo le doy a usted mi palabra, que no sólo no han de tocarme el pelo de la ropa, sino que hasta alguno de ellos puede que me acompañe a la estación.

Sab. ¡Pero usted es el demonio!

Pepe Peor. Soy el hombre que ha vivido sin dinero.

ESCENA IX

DICHOS y EUSTAQUIO

Eust. ¿Da usted su premiso?

Pepe Pasa.

Eust. El señor Alcalde, el Secretario y don Régulo, que si puen pasar a saludarle a usted.

Sab. (Abí están.)

Pepe Sí, pero que tengan la bondad de aguardar un instante.

Eust. Está bien.

Pepe Dale el recado y vuelve, que he de hacerte un encargo.

Eust. Volando. (Vase.)

Sab. ¡Ellos aquí!

Pepe Calma. Tenga la bondad de hacerme un recibo de las dos mil pesetas.

Sab. Con mucho gasto, sí, señor.

Pepe Mientras escribiré yo unas líneas. (Los dos se sientan y escriben rápidamente.) (A mí Carlan-cas y Régulos... ¡ya veréis la que os preparo!)

Sab. (Entregándoselo) El recibo.

Pepe Muy bien. Pues ahora, sin perder minuto, entre en esa habitación y explique a Cristina, a mi sobrino y a doña Eduarda, que están en ella, cuanto hemos convenido. Salgan al marcharse usted y su hija, con Cristina y mi sobrino, por la puerta que da a esa calleja y a la estación. Dígale a doña Eduarda que espere mi aviso. Gracias por todo y hasta luego.

Sab. Vamos, hija.

M. Ter. ¡Caballero! (Vanse segunda derecha.)

Eust. (Entrando.) Usted mandará.

Pepe Toma esta carta y llévala a casa del sargento de la Guardia civil.

Eust. Sí, señor.

Pepe Si no la llevas te mando fusilar.
Eust. No, señor.
Pepe A escape.
Eust. Sí, señor.
Pepe No tardes.
Eust. No, señor.
Pepe Y a esos señores que pasen.
Eust. Sí, señor.
Pepe Ahora, Dios mío, inspiración y desenvoltura para acabar con estos reptiles. Es una villanía la que voy a hacer, pero con fulleros no es cosa de jugar limpio.

ESCENA X

OJEDA, DON ACISCLO, CAZORLA, DON RÉGULO de la izquierda

Acis. ¡Excelentísimo señor!...
Caz. Señor Ojeda.
(Don Régulo sólo una grave reverencia. Lleva un garrote enorme.)
Pepe ¡Señores!... (Vaya una carita que trae el del cañamón.) ¿Quiere usted dejar el junquito?...
Rég. Gracias. (No lo suelta.) Es comodidad
Acis. ¿Qué, y qué tal y cómo les pinta a ustés por este pueblo, señor Ojeda?
Pepe Pues nos pinta que ni Zurbarán, señor Alcalde. Esto es tan pintoresco como paradisíaco. ¡Un vergell!
Acis. Aquí otra cosa no tendremos, pero buena voluntad...
Pepe ¡Calle usted, hombre, una gloria!
Acis. Porque el accidente del cohete... si viera usted que m'ha quitao a mí el sueño.
Caz. Aquello ya comprendería el señor que fué un accidente meramente fortuito.
Pepe Fortuito y que si me da en el ojo, pues para sacarme la niña a paseo, ¡pero nada más!... ¿Y a ustedes, señores, qué les trae por esta su fonda?
Acis. Pues con permiso de usted, y aunque la hora no sea muy allá que digamos, pues por salir de esto, le traemos a usted los libros; náa... Cuatro cuentejas... Aquí se puén llevar las cuentas por los dedos... náa. Usted nos pone el visto bueno...
Pepe Bueno.

- Acis.** A mos, pa que uno pueda responder el día de mañana, y náa...
- Caz.** Esta contabilidad estan sencilla que no hace falta tenedor.
- Pepe** Pues si no hace falta tenedor, con los dedos, como dice el Alcalde.
- Acis.** De forma que si usted quiere dar un vistacillo...
- Pepe** Con alma y vida... pero antes, señores, si yo me atreviese, les pediría un favor inmenso.
- Acis.** ¿Cómo favor? Tóos criaos de usted. Usted es el que manda. ¿Qué hay que hacer?
- Pepe** Pues nada; el asunto es que me han sorprendido ustedes de visita con una persona que tengo en esa habitación.
- Acis.** ¡Carape!
- Pepe** La cosa que ha venido a tratar es grave y urgente. Si ustedes me permitiesen yo reanudaría el *pour parler* y en seguida a sus gratas órdenes.
- Acis.** Sí, señor; como usted mande. No faltaba más.
- Pepe** Pues pasen por aquí; aguarden y perdonen unos minutos. (Invitándoles a pasar.) Don Régulo...
- Rég.** (¡No sé cómo puedo contenerme!)
- Acis.** (¿Qué será esto?)
- Caz.** Observaremos. (Entran primera derecha.)

ESCENA XI

PEPE OJEDA, DOÑA EDUARDA, segunda derecha. Los otros al paño

- Pepe** (Audacia, Ojeda.) (Abre la puerta segunda derecha. Alto.) Tenga la bondad, señora.
- Eduar.** (saliendo) Pero...
- Pepe** (Nos oyen; discreción.) (Le ofrece una silla de espaldas a primera derecha.)
- Eduar.** (¿Quién?)
- Pepe** ¡Tu marido!
- Eduar.** ¡Ah!...
- Pepe** (Silencio. Va a quedar tu honor como las propias rosas.) Calma. (Se sienta también.) Pues nada, señora, perdone esta pequeña e involuntaria interrupción en nuestra conferencia, que estaba deseando reanudar; y estaba deseando reanudarla, porque la honra de

una señora tan digna como usted, me interesa como mi propia honra.

Rég. (Por entre las cortinas.) ¡Ella!

Eduar. ¡Muchísimas gracias, señor mío!...

Pepe Y claro está que yo, como usted me exige, le diré a su esposo, dándole cuantas pruebas estime justas, que es usted víctima de una calumnia incalificable.

Eduar. ¡Más que incalificable, arterial!

Pepe Fementida. Pero le añadiré que él sin sospecharlo, también es víctima de una villanía inmunda.

Eduar. ¡De una trama diabólica!

Pepe Es preciso que le digamos que no soy yo, ¡pobre de mí que he llegado hace cuarenta y ocho horas a este pueblo, el que le hace a usted el amor, no; que el que le hace a usted el amor, hace más de seis años, el que la viene a usted asediando con cartas y la atropella y la pellizca bárbara y villanamente, por rincones y pasillos, que no soy yo, que no soy yo... ¡que es el señor Alcalde! ¡El señor Alcalde! ¿No es esto verdad, señora?

(Se han ido asomando poco a poco don Acisclo y Cazorla por el montante, don Régulo por entre las cortinas.)

Eduar. ¡No ha de serlo! ¡Pruebas mil puedo dar!

Pepe Es preciso que su esposo sepa también que el que me inculpa a mí es el canalla de Cazorla.

Eduar. Sí, señor; ese zorro consistorial y académico. Que quiere que su esposo me finiquite para que una vez yo en la huesa y don Régulo en presidio, echarla a usted en brazos del Alcalde. ¿No es verdad todo esto, doña Eduarda, no es verdad?

Eduar. Tan verdad como el Evangelio. Lo juro por la sagrada memoria de mi padre. (Se oyen en la habitación primera derecha, estacazos, ayes, golpes, gritos de socorro.) ¿Pero qué sucede ahí dentro?

Pepe Parece que están jugando a carambolas.

(Más golpes.)

Eduar. ¡Jesús!

Pepe ¡Pues es a palos!

(Salen lívidos, descompuestos, con los pelos en desorden, don Acisclo y Cazorla, huyendo de don Régulo, que los persigue frenético y al que no queda ya del bastón más que una viruta.)

- Acis. ¡Socorro!
- Caz. ¡Auxilio!... ¡Por Dios, don Régulo!... ¡Falso, impostural!...
- Rég. ¡Canallas! ¡Miserables!
- Acis. ¡Sujetarlo, que es una calumnia! ¡Sujetarlo!
- Eduar. ¡Pero estaban los tres!
- Pepe ¡Pues no, que se juega!
- Rég. ¿Pero es de veras lo que he oído, Eduarda?
- Eduar. Yo ignoraba que estuvieses con ellos, pero sí, lo que ha dicho este señor es la verdad. ¡Mi honor ante todo!
- Acis. Yo no fué sino que le gasté unas bromas.
- Pepe ¡Silencio!
- Rég. ¿De modo que todos aquellos cardenales?...
- Pepe De ese papa. (Señala a don Aciselo.)
- Rég. ¡Déjame que los matel!...
- Eduar. No, por Dios, vámonos... No te pierdas por esos bribones...
- Rég. ¡Granujas... bandidos!...
- Eduar. ¡Y mañana nos vamos del pueblo!...
- Rég. ¡Me darán ustedes una satisfacción!...
- Pepe ¿Qué más satisfacción?... Ha venido usted con una carga de leña y se va con una viruta, conque no sé...
- Eduar. ¡Cálmate, Régulo, cálmate! (se lo lleva.)
- Acis. (Aménazador) ¡Y usted jugarnos esta encerrona!
- Pepe ¿Y la que me preparaban ustedes a mí, señor Ariambra?
- Caz. ¡Me ha hecho pedazos!
- Pepe Ya le volverá a usted a pegar! ¡No se apure!
- Acis. ¡Ha sido una infamia!
- Caz. ¡Meternos en una ratonera!
- Pepe ¿Pues qué quería usted, zarandearme la masa pilosa y que yo permaneciese extático?
- Caz. ¡Qué traición!
- Pepe ¡Cada uno tiene su manera de exterminar insectos acrobáticos, mi cultiparlante amigo!
- Acis. Vámonos, vámonos, y yo le juro...

ESCENA FINAL

DICHOS, ALFREDO y MONREAL, aparecen por izquierda

- Pepe No, calma, un poco de calma, señor Alcalde. No hemos terminado.
- Alf. Tío, aquí está el señor Monreal.

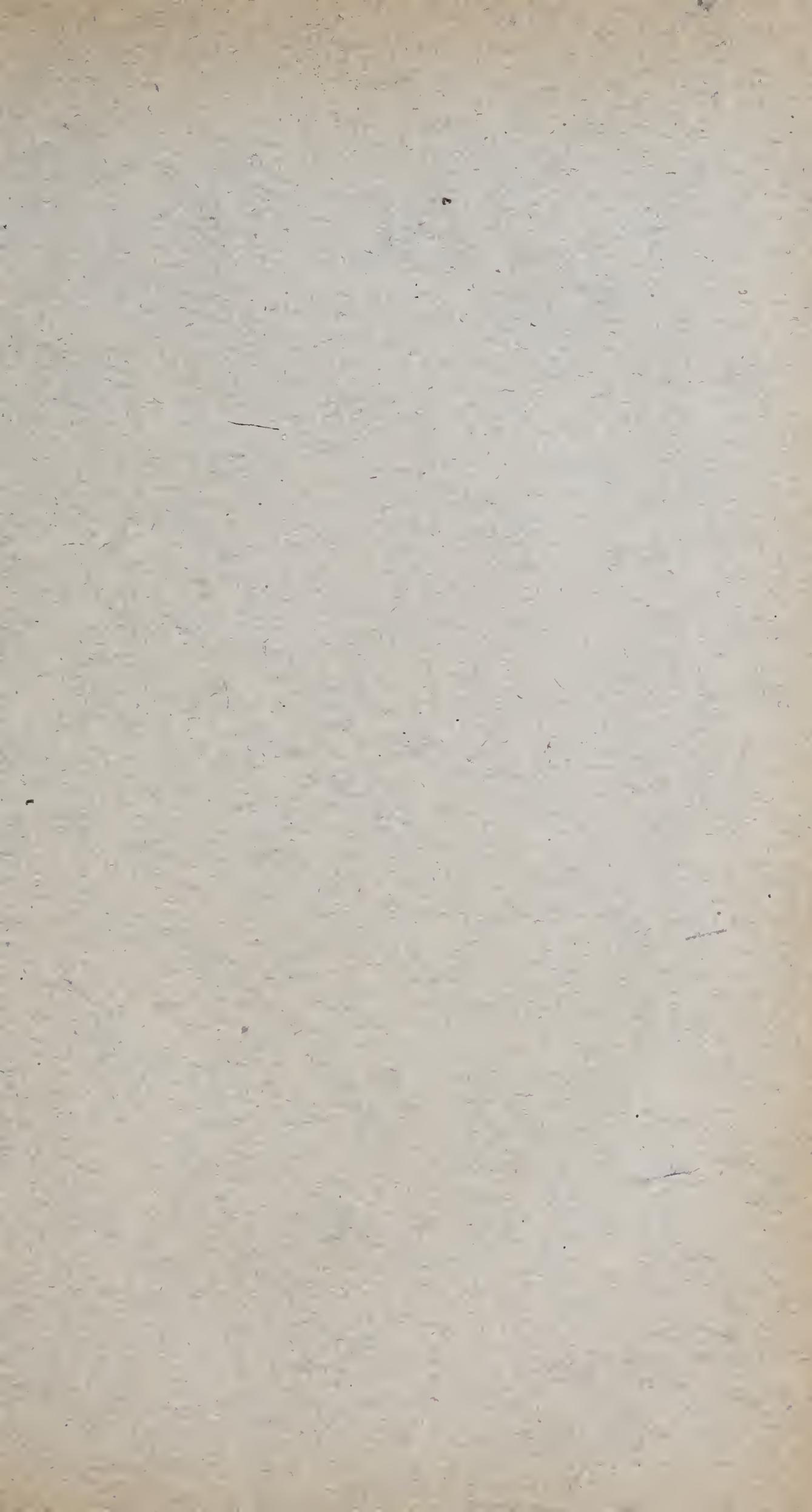
- Pepe** Adelante, mi querido amigo.
- Mon.** Señor Ojeda. (Se estrechan la mano.)
- Pepe** Pase usted, pase usted... Tengo el honor de presentarle a don Acisclo Arrambla Pael, Alcalde, dueño y señor de este pueblo insigne, y a su digno Secretario...
- Mon.** (Reverencia.) Señores... ¿Pero qué les ha ocurrido, les observo una agitación?...
- Pepe** Nada... un ligero *macht* de boxeo. Señor Alcalde, presento a usted al señor Delegado del Gobierno, que es el que viene a ajustarles a ustedes las cuentas.
- Acis.** (Asombrado.) ¿Eh?... ¿Cómo?...
- Mon.** Aquí traigo mis credenciales.
- Acis.** Entonces, ¿ustedes han venido?...
- Alf.** (Que ha salido con la maleta y la manta.) Por su sobrina de usted, que ya está en la estación.
- Acis.** (Asombrado) ¿Pero qué dicen?
- Alf.** ¡Detalles por correo!
- Pepe** Conque aquí le dejo a usted, señor Monreal, con un Alcalde de pronóstico, los libros, dos kilómetros de longaniza, varios jamones, el Carlanca, un recibo de dos mil pesetas y un perro rabioso... Y usted, apreciable y exiguo filósofo tendrá la exquisitez de acompañarnos.
- Caz.** ¿Yo?
- Pepe** Hasta el propio *sliping*, y debemos advertirle que como en la vía pública cualquier cofrade trate de agredirnos, le alojo a usted en la deforme pelota que está haciendo pasar por cráneo, un esferóide plúmbeo. (Le apunta con la browning.)
- Caz.** Pero...
- Pepe** Dale la maleta. (Alfredo se la da.) Andando. (A don Acisclo.) ¡Y a este señor es al que deben ustedes tocarle el paso doble de Joselito! ¡Que sigan ustedes bien!... (Volviendo.) ¡Ah, y que conste que los españoles no podremos gritar con alegría ¡viva España!, hasta que hayamos matado para siempre el caciquismo! (Vase.—Telón.)

OBRAS DE CARLOS ARNICHES

- | | |
|--------------------------|---------------------------|
| Casa editorial. | El santo de la Isidra. |
| La verdad desnuda. | La fiesta de San Antón |
| Las manías. | Instantáneas. |
| Ortografía. | El último chulo. |
| El fuego de San Telmo. | La Cara de Dios. |
| Panorama nacional. | El escaló. |
| Sociedad secreta. | María de los Ángeles. |
| Las guardillas. | Sandías y melones. |
| Candidato independiente. | El tío de Alcalá. |
| La leyenda del monje. | Dolorettes. |
| Calderón. | Los niños llorones. |
| Nuestra Señora. | La muerte de Agripina |
| Victoria. | La divisa. |
| Los aparecidos. | Gazpacho andaluz. |
| Los secuestradores. | San Juan de Luz. |
| Las campanadas. | El puñao de rosas. |
| Via libre. | Los granujas. |
| Los descamisados. | La canción del náufrago. |
| El brazo derecho. | El terrible Pérez. |
| El reclamo | Colorín colorao.. |
| Los Mostenses. | Los chicos de la escuela. |
| Los Puritanos. | Los pícaros celos. |
| El pie izquierdo. | El pobre Valbuena. |
| Las amapolas. | Las estrellas. |
| Tabardillo. | Los guapos. |
| El cabo primero. | El perro chico. |
| El otro mundo. | La reja de la Dolores. |
| El príncipe heredero. | El iluso Cañizares. |
| El coche correo. | El maldito dinero. |
| Las malas lenguas. | El pollo Tejada. |
| La banda de trompetas. | La pena negra. |
| Los bandidos. | El distinguido Sportman. |
| Los conejos. | La noche de Reyes. |
| Los camarones. | La edad de hierro. |
| La guardia amarilla. | La gente seria. |

La suerte loca.
Alma de Dios.
La carne flaca.
El hurón.
Felipe segundo.
La alegría del batallón.
El método Górritz.
Mi papá.
La primera conquista.
El amo de la calle.
Genio y figura.
El trust de los Tenorios.
Gente menuda
El género alegre.
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
La pobre niña.
El Premio Nobel.

La gentuza.
La corte de Risalia
El amigo Melquiades.
La sombra del molino.
La sobrina del cura.
Las aventuras de Max y Mino
El chico de las Peñuelas.
La casa de Quirós.
La estrella de Olympia
Café sólo.
Serafín el Pinturero.
La señorita de Trevélez.
La venganza de la Petra.
¡Que viene mi marido!
El agua del Manzanares.
Las lágrimas de la Trini.
La flor del barrio.
Las grandes fortunas.
Los caciques.



Precio: 2,50 pesetas